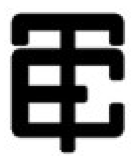


INFRATIEMPO

LOUIS G. MILK

INFRATIEMPO

por
Louis G. Milk



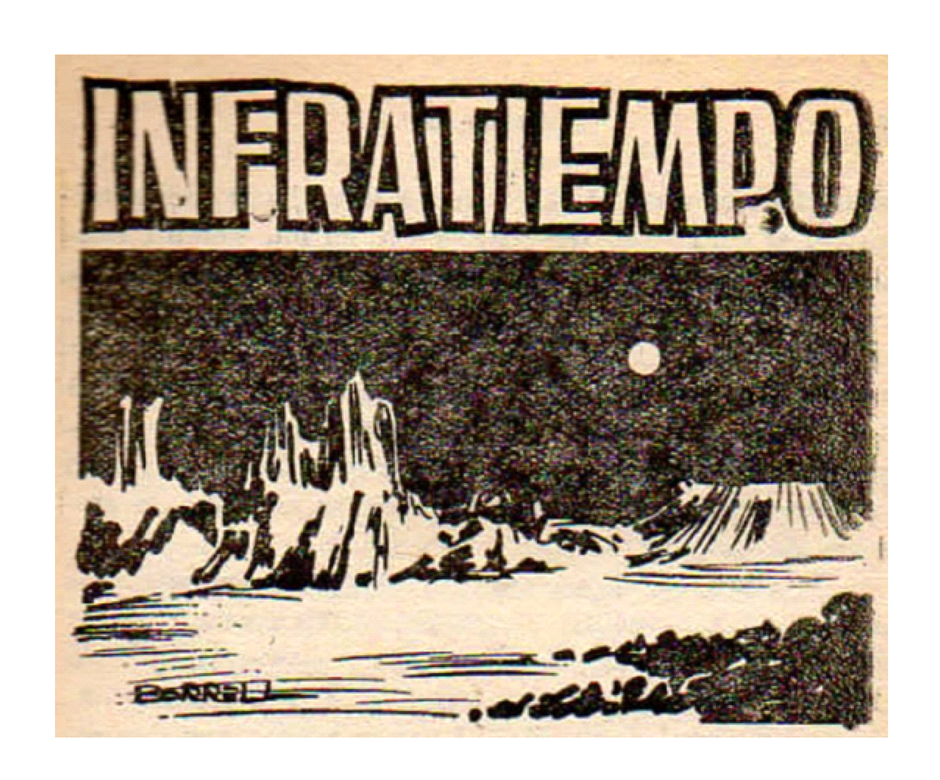
Núm. de Registro: 1.874 — 1963

Depósito Legal: B. 11.472 — 1963

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S. A. Arnaldo de Oms 51—53 — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El anuncio llevaba ya publicándose hacía un puñado de días en el Canal 23—D de la MTV (Mundial Televisión). El Canal 23—D estaba dedicado exclusivamente a la publicación de ofertas de trabajo... aunque dichas ofertas eran raras e impresionaban muy poco a la gente. En aquella época, en que todo estaba previsto y planificado por el gobierno del planeta, había ya muy pocas formas de trabajo que no estuviesen regidas y sometidas a una de las innumerables leyes que atosigaban al ciudadano terrestre. Pero, en fin, siempre quedaban empleos y ocupaciones raras —una de ellas se refería a los abrillantadores de rejas de arado romano— de modo que el Canal 23—D continuaba funcionando las veinticinco horas del día para dar su oportunidad a todo aquél que no quería someterse a uno de los empleos del gobierno. Entre los pocos

trabajos que eran considerados como libres estaba el de medidor de grosores de icebergs.

Sin embargo, aquel anuncio se llevaba la palma de lo raro e incongruente. Se publicaba seis veces diarias: a las seis, a las nueve, a las doce, a las quince, a las dieciocho y a las veintiuna horas, y llevaba ya circulando por el canal de la MTV nada menos que dos semanas y media, sin que hasta entonces nadie hubiese contestado al requerimiento.

El texto del anuncio era el siguiente:

¿Es usted técnico o experto en
TRASKALENDRIPECIOS?
Si es TRASKALENDRIPECISTA diplomado, véngase con nosotros.
¡MAGNÍFICOS SUELDOS!
150.000 DÓLARES SEMANALES…
¡LIBRES DE IMPUESTOS!
¡Nosotros pagaremos los impuestos por usted, de modo que los 150.000 dólares le quedarán completamente libres!
¿Desea aprender la TRASKALENDRIPECIOLOGÍA?
¡Véngase con nosotros!
¡La TRASKALENDRIPECIOLOGÍA es la ciencia del porvenir!
Aprenda TRASKALENDRIPECIOLOGÍA siguiendo nuestros cursos especiales y caminará hacia un futuro esplendente.
Pero, si ya es TRASKALENDRIPECISTA…
¡No vacile y venga hoy mismo!
Calle Fulton, 123—97/L

También el Canal 23—D publicaba otro anuncio, aunque de características más modestas e infinitamente menos detonante. Sin embargo, el empleo que se ofrecía era también desconocido.

CRONÓMETRA
diplomado, se necesita.
Inútil presentarse sin certificado de estudios de cronometría.
Calle Fulton, 123—97/M.

Rick Serrell leyó ambos anuncios y no les prestó la menor importancia. Respecto del primero, juzgó que era producto de la mente enferma de algún psicópata, y en cuanto al segundo, se dijo que la ciencia de la cronometría era algo nuevo para él, ya que hasta entonces no había oído hablar de la misma. Los demás anuncios de aquel día tampoco le satisficieron. Podía esperar, sin

embargo; en su libreta de ahorros tenía un par de miles de dólares que le permitirían resistir cuatro o cinco meses dándose la gran vida.

Porque hay que decir que Rick Serrell estaba sin trabajo. Hasta entonces, había estado empleado en una oficina del gobierno, apretando dos pedales alternativamente y pulsando distintos botones con los diez dedos de sus manos, en una colosal computadora que resolvía los más abstrusos problemas, desde el modo de llegar a Saturno con un máximo de carga en la astronave y el mínimo de consumo, hasta la cantidad de moscas que nacerían de una pareja reproductora irradiada con rayos gamma semineutralizados, en el transcurso de dos semanas y en un medio ambiente esterilizado en un setenta y dos coma cero nueve por ciento. Ésta era la máquina que manejaba Rick y la que, al fin, le había dado el gran disgusto, un día en que se sentía un poco más harto de su trabajo que de costumbre.

Por un motivo fútil, tuvo un encontronazo con su jefe. Éste le reprendió ásperamente. Rick le contestó con no menos violencia, y el jefe le castigó con una semana de descuento de sus haberes. Rick prometió vengarse a la primera ocasión que tuviera, y lo hizo. Cuando el jefe le lanzó una pregunta sobre estadísticas, Rick la insertó en la ranura correspondiente de la calculadora. La respuesta sería arrojada directamente sobre la bandeja receptora del despacho de su jefe. La respuesta era la siguiente:

«¡ES USTED UN SOLEMNE ESTÚPIDO!»

El jefe se congestionó hasta el borde de la apoplejía. Tomó el aparato y llamó al joven.

—¡Serrell! ¿Qué diablos es esto? —aulló, a la vez que colocaba la respuesta ante el objetivo de fonovisor, para que el joven pudiera leer aquellas palabras.

—No lo sé, señor —contestó Rick melifluamente—, pero, si tiene la bondad de esperar un minuto, repetiré la pregunta. Quizá la máquina se averió…

—¡Esa máquina no se avería nunca! —rugió el jefe—. Eso ha sido una maldita broma suya, Serrell.

—Perdone, jefe, pero soy experto en cibernética…

—¡Experto en cibernética, un cuerno! —gruñó el jefe—. O me da la respuesta en el acto, o le hago despedir, ¿me ha oído?

—El número de vibraciones sonoras por segundo de su voz, sobrepasa el límite audible —respondió el joven tranquilamente—. Usted es mi jefe, pero yo lo soy de la máquina e insisto en preguntarle si está averiada. Con su permiso —y cortó la comunicación.

Diez minutos más tarde, la máquina depositaba su respuesta en la bandeja del jefe. La respuesta era ésta:

«¡UF, TENGO LOS CIRCUITOS HECHOS POLVO!»

El jefe montó en cólera. Agarró el teléfono y lanzó un aullido que casi hizo estallar el vidrio de la pantalla visora.

—¡Serrell, está despedido! ¡Y no pida jamás un empleo en las oficinas del gobierno, porque ya me encargaré yo de ponerle en la lista negra! ¡Eso es todo!

Rick metió los pulgares en las orejas, sacó la lengua, movió las manos y dijo:

—¡Buuu!

Aquel día, el jefe hubo de ser asistido de una tremenda excitación nerviosa. Y Rick perdió toda posibilidad de volver a ser empleado en una oficina gubernamental, que era tanto como decir volver a trabajar en una oficina cualquiera, ya que todas pertenecían al gobierno. Por tanto, si quería seguir comiendo, tendría que dedicarse a abrillantar rejas de arado romano, medir espesores de icebergs o tratar de vender a domicilio objetos de dudoso gusto artístico. Por ello, a partir del primer mes de descanso forzado, empezó a consultar la sección de ofertas de empleo del Canal 23—D de la MTV. Pero no había encontrado ninguno que le agradase hasta aquel momento. Y entonces fue cuando Rick se dijo que, o buscaba empleo, o pronto tendría que inscribirse como paleador de metano puro en algún lejano satélite planetario del sistema solar.

—Bueno, ¿y por qué no? —se dijo una semana después de haber leído el extravagante anuncio de los traskalendripecios—. Si eso es una máquina, y parece serlo, a fin de cuentas, yo colaboré en la construcción y montaje de aquella maldita computadora. Mi título de cibernético de algo me tiene que servir, digo yo. ¡En fin, probaré!

Conque anotó el número de la calle Fulton, se puso su mejor traje, un monopieza de color azul oscuro, con su número y letras de

identificación en el lado izquierdo del pecho, y se lanzó a la calle.

La calle Fulton estaba casi en el extremo opuesto de la capital. Llegar hasta allí le costó casi una hora, pese a que empleó el ramal expreso del subterráneo. Pero al fin surgió a la superficie, en un lugar donde el área urbana se aclaraba notablemente y había ya tantos jardines como casas y éstas bastante separadas entre sí. No obstante, el número 123—97 era uno de los últimos rascacielos y ya no de los más altos, pues sólo tenía ciento cuarenta pisos. Rick entró en el edificio y el ascensorista le llevó al piso 97.

Al salir del aparato se encontró en un largo corredor de paredes y suelos abrillantados en un sedante tono verde. Fue buscando puerta por puerta, hasta encontrar la que tenía la letra «L» sobre su dintel. Pulsó el botón de llamada y, ante su asombro, la puerta giró sobre sus goznes.

Rick frunció el ceño, un tanto extrañado por lo que sucedía. Después atravesó el umbral y se encontró en un vestíbulo totalmente vacío. No había muebles ni decoración de ninguna clase, sólo el techo, los muros y el suelo, pintados en un repelente color naranja.

—Vaya, pues parece que sí, que lo del traskalendripecio es una solemne tomadura de pelo —refunfuñó para sus adentros. Y como en aquel instante divisara otra puerta amarilla un poco más allá, se dirigió hacia ella.

La siguiente habitación estaba igualmente vacía, aunque pintada de un espantoso color violeta. Quedaban tres habitaciones, cada una de las cuales tenía un tono distinto, aunque muy fuerte, pero en ninguna de ellas encontró el joven ningún rastro de persona. Lo que más le extrañó fue que no había cocina ni cuarto de baño; solamente, cinco habitaciones de tamaño casi igual (cuatro metros de ancho por cinco y medio de largo), absolutamente desiertas. Ni siquiera se veía en ellas una mala colilla de cigarrillo.

Enormemente desconcertado, Rick abandonó el apartamento. Al salir al corredor, la puerta se cerró automáticamente a sus espaldas.

El joven respingó. ¿Qué misterio era el del apartamento 97/L?

Permaneció unos momentos atónito, mientras trataba de hacer coordinar sus ideas. Luego, resolviéndose de pronto, pulsó de nuevo el botón de llamada.

Esta vez la puerta continuó herméticamente cerrada. Por más

que insistió, no consiguió nada positivo. En vista de ello, desistió de seguir en aquel lugar.

Giró hacia su izquierda y entonces oyó una voz que le llamaba.

CAPÍTULO II

S

e volvió en el acto. Y contuvo un silbido de admiración.

Se trataba de una mujer joven y muy hermosa, de unos veintitrés o veinticuatro años de edad, de estatura mediana y cuerpo esbelto y compacto. La muchacha vestía con sencillez: una blusita color crema, que hacía resaltar las suaves curvas de su busto fino y delicado, y una faldita que le llegaba a diez centímetros por encima de las rodillas. Se calzaba con zapatos de medio tacón, y su pelo, suelto sobre los hombros, era de un maravilloso tono dorado. Sus ojos tenían el color azul más bonito que Rick había visto en toda su vida.

—¿Señorita? —dijo él, cuando se hubo recobrado de la sorpresa recibida.

—¿Es usted cronómetra? —preguntó ella.

—¿Cronómetra? —repitió Rick. Y de repente, recordó el otro anuncio. Sí, claro; los traska… bueno, como se dijera aquel endiablado nombre, se anunciaban en el departamento 97/L y los de la cronometría en el 97/M, la puerta inmediatamente siguiente —. Pues no, señorita; y conste que lo siento mucho. Soy —agregó con una repentina racha de buen humor—, experto en traskalen… dripeciología, y venía a solicitar un empleo, pero he podido darme cuenta de que no hay nadie en el apartamento contiguo al suyo.

Los ojos de la muchacha brillaron con súbito interés.

—Así, pues, usted es traskalendripecista.

Rick decidió proseguir con la broma.

—En efecto; traskalendripecista o traskalendripeciólogo, según se quiera llamar, diplomado por la Universidad de Traskalendripeciología de Majachiflantown —contestó, seriamente.

—Pero usted no es cronómetra —insistió la joven.

—No, en absoluto.

Una expresión de pena se dibujó en el rostro de la muchacha.

—Oh, qué lástima. Yo que necesitaba tanto un cronómetra.

—Bueno, si tanto empeño tiene, quizá yo... Bueno, quizá yo sirviera.

—No —respondió ella—. La Traskalendripeciología y la cronometría son dos ciencias antagónicas, opuestas por completo. Si yo le diese trabajo en mi oficina de cronometría, sus células podrían desintegrarse y usted dejaría de existir en el acto.

Rick abrió una boca de a palmo.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído usted —respondió la muchacha—. Lo siento, pero siendo traskalendripeciólogo no puedo darle el empleo.

Rick se pasó la mano por los ojos. ¿Estaba soñando o en el manicomio? Aquel diálogo absurdo parecía de locos. Pero la hermosa muchacha parecía tener la cabeza muy bien asentada.

—Bien —dijo al cabo, forzando una sonrisa—, yo también lo siento. Nada me habría gustado más que trabajar para una dama tan linda como usted.

Ella no pareció apreciar el elogio. En lugar de sonreír, movió el dedo índice.

—Acérquese —dijo en tono confidencial—, quizá le convenga conocer la opinión de una experta acerca de los traskalendripeciólogos.

—Hombre, no estaría mal —dijo el joven.

Dio dos pasos hacia adelante y, en aquel momento, un puño se estrelló contra su mandíbula. Mientras caía hacia atrás, tuvo tiempo de formular un pensamiento: «Esto te sucede por meterte donde no te llaman, idiota». Luego, se desmayó.

Le despertó el conserje del inmueble.

—Eh, amigo.

Rick abrió un ojo.

—¿Qué sucede? —preguntó torpemente.

—Simplemente, que necesito el ascensor y que, si quiere dormir, puede irse a un banco del parque. Vamos, lárguese o llamo a la policía.

El joven se puso en pie con grandes dificultades, y entonces se dio cuenta de que estaba en la planta inferior del edificio. Recordó lo que le había sucedido y se puso en pie de un salto.

—¡Oiga! —exclamó, sumamente excitado—, ¿conoce a la señorita que vive en el 97/M? Es rubia, tiene los ojos muy azules..

—En el 97/M no vive ninguna joven de esas características físicas —contestó el portero de mal talante, mientras señalaba con el pulgar hacia la puerta del edificio—. Y le repito que le conviene largarse de aquí cuanto antes; si le hago detener, le sacudirán un mes de Granja Residual y le aseguro que el trabajo no tiene nada de divertido.

—¡Usted está loco! —barbotó Rick, presa de un acceso de cólera —. Le digo y le repito que la joven que vive en el 97/M es rubia y tiene los ojos muy azules. ¿Por qué diablos trata de engañarme, vamos a ver?

El portero se enfadó.

—¡Le he dicho y le repito que en ese piso no vive ninguna joven de tal aspecto! —vociferó, agarrándose al brazo de Rick para sacarle del ascensor a viva fuerza.

Serrell se hartó. Levantó el pie derecho y lo estrelló contra la rodilla del portero. Éste encogió la pierna y empezó a dar saltitos mientras berreaba a más y mejor. Rick concluyó su labor pegándole un fuerte empellón que lo arrojó fuera de la cabina. Acto seguido, marcó en el indicador el número 97 y el ascensor se lanzó hacia arriba a toda velocidad.

A mitad de camino, el aparato se detuvo bruscamente, tanto, que Rick saltó despedido casi un metro hacia arriba. Luego, antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa recibida, notó que el ascensor caía como un plomo.

Cuando la puerta se abrió, ya en la planta baja, vio, además del portero, a dos hombres vestidos de gris oscuro, ambos con sendas placas doradas en el lado izquierdo del pecho. Los dos hombres eran dueños de unos rostros tétricos, sombríos, inescrutables, y empuñaba cada uno su respectiva pistola paralizante.

—No tiren —suspiró el joven, alzando las manos—. Me entrego.

El juez de guardia le miró severamente en el momento de pronunciar sentencia.

—Rickover Aldriss Serrell, de 31 años, número 403—FF—5278, habitante de Central City, convicto de resistencia a la autoridad, por la presente sentencia, yo te condeno a un mes de servicio en una Granja Residual. En caso de reincidencia, la pena será de un año en

una estación de carga de metano. Caso fallado.

Rick hubo de pasarse los treinta días trabajando como un negro, y no metafóricamente, como pudiera creerse, en un establecimiento donde los residuos eran aprovechados íntegramente. Pese al fuerte olor de los desinfectantes, pese a la «odorina» que se empleaba profusamente para neutralizar el hedor de los residuos, éste acababa por imponerse sobre todos los demás olores y llegaba a constituir una obsesión. El joven se pasó un mes con una pala de seis metros de largo en las manos, empujando aquella pasta negruzca, de viscosa consistencia, a los tanques de transformación, de donde salía convertida en grandes bloques cilíndricos de color rosado amarillento y textura gelatinosa, que eran embarcados inmediatamente para las estaciones distribuidoras.

Cuando terminó su canción, Rick juró que, antes que volver allí, prefería un año de palear metano en alguno de los lejanos satélites de los planetas mayores del sistema.

Los sufrimientos del joven no fueron infinitos, sin embargo. Terminaron al concluirse los treinta días de su castigo y fue puesto en libertad, incluso con el aditamento de sesenta monedas, importe de su trabajo en la Granja Residual. Lo primero que hizo al salir a la calle, fue dirigirse a un establecimiento de baños públicos, en el que permaneció tanto tiempo que la piel empezó a arrugársele por la humedad del agua y el vapor, con los que quería quitarse el olor de la Granja. Se hizo traer ropas y calzado nuevo y arrojó las prendas viejas al incinerador. Pero, cuando salió, el «aroma» de la granja había desaparecido ya de su cuerpo.

Durante aquel mes había tenido tiempo sobrado de meditar. Así, pues, la Traskalendripeciología existía como ciencia. Pero, ¿de qué trataba aquella endiablada ciencia? ¿Arte, música, literatura… o matemáticas, fisiología, psiquiatría o astronáutica? ¿Quién diablos era el autor de aquel término indescifrable?

Además, estaba impresionado por aquel departamento completamente desierto, en el cual había entrado una vez, pero sin ser admitido a la siguiente. ¿Qué objeto tenía publicar un anuncio tan disparatado, si luego, cuando alguien contestaba, no había nadie para recibirlo ni explicarle en qué consistía aquella ciencia tan absurda?

Y luego, estaba la muchacha del pelo rubio y cabellos azules. El

portero había dicho no conocerla. ¡Fantástico!, sobre todo, teniendo en cuenta que él acababa de recibir un soberbio puñetazo por culpa de la aversión de la muchacha a los traskalendripeciólogos. ¡Vaya una forma de expresar su opinión acerca de los practicantes de dicha ciencia!

Agitó la mano despectivamente.

—¡Bah! —refunfuñó, mientras salía de la casa de baños—. Al diablo la Traskalendripeciología y la cronometría. Al diablo todos.

Y, de repente, se acordó de tío Ben.

Tío Ben era el único superviviente de la familia Serrell. Tío Ben poseía una granja en las montañas, una granja auténtica, con sus caballos, sus vacas, sus ovejas, un pequeño riachuelo en el que nunca faltaban las truchas —¡estaban riquísimas recién fritas en manteca hirviendo!— una magnífica parcela de bosque y una auténtica cabaña de troncos, con una gran chimenea de piedra. Tío Ben era un cascarrabias, pero de buen fondo. Le pondría las orejas coloradas con sus interminables parlamentos acerca de los inconvenientes de la supercivilización actual, pero no le negaría una manta y un pedazo de suelo en la cabaña, así como un plato de judías con jamón. Y, dicho y hecho, se metió en la primera oficina de Telégrafos que encontró al paso, expidió un mensaje y encargó que la respuesta le fuese enviada a su domicilio particular. Si tío Ben aceptaba su compañía, iba a pasar con él una larga temporada.

Cuando llegó a su casa, se encontró con una visita inesperada.

Se trataba de un hombre de mediana edad, pero aún en buen estado físico, pese a su aparente delgadez. Tenía ojos negros, muy vivos y penetrantes, situados bajo dos cejas picudas, lo cual, unido a su rostro anguloso y al fino bigotito que adornaba su labio superior, le confería un aspecto mefistofélico que atraía y repelía a un tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó Rick, apenas se lo hubo echado a la cara.

El hombre se puso en pie, sonriendo cortésmente.

—Mi nombre no le dirá nada, señor Serrell —dijo con tono melifluo—, aunque no me niego a expresarlo. Soy Shavi Brapor, aunque quizá entienda mejor el motivo de mi presencia en su apartamento cuando le diga que soy el Director General de la AGT.

—¿AGT? —repitió el joven, frunciendo el ceño—. Y ¿qué es eso,

si puede saberse?

—Agencia General de Traskalendripeciología —contestó Brapor amablemente.

—¡Madre mía! —exclamó Rick. Y se dejó caer de golpe sobre un sillón.

Brapor se le acercó, para ofrecerle una cajita abierta, en la que se veían unas pastillas de forma lenticular y color verdoso.

—¿Una gragea de «supervit», señor Serrell? —dijo untuosamente.

El joven ingirió dos de golpe. Lo necesitaba.

—De modo que eso de la Traskalendripeciología es cierto —murmuró con voz desmayada.

—Ciertamente, señor Serrell —contestó Brapor—. Y no crea que no nos ha costado encontrar al fin un experto en dicha ciencia. Pero por fin hemos dado con uno que creo resolverá la mayor parte, si no la totalidad de nuestros problemas.

Rick se puso en pie de un salto. El «supervit» empezaba a hacer sus efectos.

—Pero es que yo no soy experto en esa condenada ciencia —gritó—. Se me ocurrió ir allí… porque estaba aburrido y deseaba pasar el rato, eso es todo. Ni yo soy traska… como se diga, ni he oído hablar de esa ciencia en los días de mi vida. En lo que a mí se refiere, todo fue una broma, créame, señor Brapor: todo ha sido una broma.

Brapor levantó las cejas.

—¿Una broma? Permítame que lo dude, señor Serrell. —Y señaló con la mano la pared que estaba a espaldas del joven—. Tenga la bondad de mirar, se lo ruego.

Rick se puso en pie lentamente y giró sobre sus talones. Una exclamación de asombro se escapó al instante de sus labios.

Colgados de la pared vio tres cuadros, con marco de neoebonita dorada. Uno de ellos, el central, era un diploma, cuyo texto leyó Rick en medio de la mayor estupefacción.

DIPLOMA

YO, EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE MAJACHIFLANTOWN,

Dado que el alumno del curso 2.337—38, RICKOVER ALDRISS SERRELL ha terminado con éxito los cursos de la especialidad de

TRASKALENDRIPECIOLOGÍA y ha superado con éxito todas las pruebas de aptitud correspondiente,

Expido el presente DIPLOMA por el cual se reconoce al citado RICKOVER ALDRISS SERRELL como técnico y experto en dicha especialidad científica y, por lo tanto, es nombrado

DOCTOR EN TRASKALENDRIPECIOLOGÍA.

Expedido en Majachiflantown y su Universidad, el día veintiuno de mayo de dos mil trescientos treinta y siete.

Seguían los sellos y las firmas correspondientes, unos sellos como Rick no había visto en los días de su vida y unas firmas completamente desconocidas para él.

Pero su estupor no había hecho sino dar comienzo. El cuadro de la izquierda, una fotografía, le representaba a él en medio de un grupo de jóvenes de su edad, de ambos sexos. Al pie del grupo había una leyenda:

REPRESENTANTES DE LA UNIVERSIDAD DE MAJACHIFLANTOWN EN EL CAMPEONATO INTERUNIVERSITARIO DE AJEDREZ TRIDIMENSIONAL. CORRESPONDIENTE AL CURSO 2.337—38

Y, cruzando cada efigie, una firma; la de la persona fotografiada.

El tercer cuadro, en fin, era aún más sorprendente. Se trataba de la clásica orla de fin de carrera y había en ella un centenar de fotografías de hombres y mujeres, todos jóvenes. Rick se vio a sí mismo en una de aquellas fotografías ovaladas. Al pie del conjunto se leía:

GRADUADOS EN TRASKALENDRIPECIOLOGÍA EN EL CURSO 2.337—38

Aquello resultó demasiado para el joven. Rick sintió que las rodillas le flaqueaban y hubo de sentarse nuevamente en el sillón.

CAPÍTULO III

D

e nuevo le ofreció Brapor el «supervit». Rick negó con la cabeza.

—Esto es absurdo, incomprensible —murmuró con voz débil—. No logro comprenderlo, se lo aseguro. Jamás he estado en esa

Universidad... Pero ¡si esa ciudad de Majachiflantown es sólo una invención mía!

Brapor emitió una benigna sonrisa.

—Su sentido del humor es altamente elogiable, pero los diplomas y fotografías no mienten, señor Serrell.

—¡Hombre, no! —gimió el joven, exasperado y aturdido—. ¡Yo no sé nada de Traskalendripeciología! ¿De qué se trata esa endiablada ciencia?

—¿Y lo pregunta usted —se extrañó Brapor—, todo un doctor en dicha importante disciplina científica?

—¡Pues claro que lo pregunto! —estalló el joven, poniéndose en pie de un salto. En aquel momento estaba maldiciendo con todas sus fuerzas el momento en que se le ocurrió ir a la calle Fulton—. Le digo y le repito que no sé nada de este condenado asunto. No sé lo que ocurre pero, en lo que a mí respecta, le diré que aquel día tenía ganas de distraerme, eso es todo. No sé nada, y déjeme ya en paz de una vez.

—Lo siento, señor Serrell —dijo Brapor muy serio—. He venido a contratar sus servicios como traskalendripeciólogo y no me iré sin haber obtenido su aceptación a un contrato de trabajo por dos años como mínimo.

—¡Dos años! —repitió el joven, absorto.

—Ciertamente, señor Serrell.

Rick frunció el ceño. Señaló hacia la orla de fin de curso.

—Supongamos que es cierto lo de esta maldita ciencia. ¿Por qué no va y elige usted a uno de los que terminaron el curso conmigo? Si es que yo hice tal curso, claro está.

Brapor meneó la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Lo siento mucho. Todos, antes que usted, fueron probados y rechazados sucesivamente. Sólo nos quedan dos posibilidades; usted es una de ellas. La otra es también un traskalendripeciólogo, cuyo paradero no hemos conseguido averiguar todavía.

El dedo de Brapor señaló una de las fotografías de la orla. Se trataba de una mujer de cabellos rojos y sonrisa atractiva, en cuyo rostro se advertía un detalle singular: llevaba el ojo izquierdo tapado por un parche negro al estilo pirata.

—Es la señorita Virginia Radov. También una buena jugadora de ajedrez tridimensional, aunque no de su categoría, señor Serrell.

Usted fue el campeón de su curso, recuérdelo.

La muchacha tuerta figuraba también en la otra fotografía. Rick sintió que su razón flaqueaba de repente. ¿Era posible que existiera una ciudad llamada Majachiflantown, con una Universidad de Traskalendripeciología? Ahora se hallaban en el 2340, de modo que no hacía ni dos años que le había sido conferido el grado de doctor en dicha especialidad científica. ¿Amnesia? Pero, si había estado trabajando con la computadora durante seis años seguidos, desde el 2334. ¿Cómo podía ser aquello?

Miró turbiamente a su interlocutor. Brapor emitió una amable sonrisa, a la vez que extraía un documento del bolsillo de su traje.

—Éste es un cheque por diez semanas adelantadas de su labor —dijo cortésmente—. Tómelo, señor Serrell.

Rick cogió el cheque con dos manos y leyó la cifra escrita en el mismo. ¡Millón y medio de dólares!

—Está expedido contra el Interbank —añadió Brapor—. Puede usted percibir su importe en el acto. Si no se fía de mí —agregó—, enséñelo por el visófono; el cajero se lo aceptará en el acto y sentará el importe en su propia cuenta corriente.

Rick soltó el cheque repentinamente, como si fuese una serpiente venenosa.

—¡Quédeselo usted! —gritó, exasperado, fuera de sí—. ¡No quiero seguir adelante con esta maldita farsa! ¡Váyase, váyase antes de que lo eche a puntapiés! ¡Lárguese, he dicho!

Brapor le miró fijamente durante unos segundos.

Luego se guardó el cheque de nuevo. Con tono severo, dijo:

—Sus huellas dactilares han quedado impresas en el documento, señor Serrell. Sólo con esto me bastaría para presentar una demanda contra usted por incumplimiento de contrato de trabajo. No obstante, evitaré hacerlo durante cuarenta y ocho horas, plazo que le doy para que reflexione atentamente. Pasado mañana volveré a esta misma hora con un notario, para que tome nota de su aceptación o negativa. En este segundo caso, deberá aceptar las responsabilidades.

Rick se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¡Fuera! —dijo lacónicamente.

Brapor pasó por su lado, después de inclinar ligeramente la cabeza. Cuando hubo salido, el joven cerró de un portazo que hizo

retemblar las paredes.

Al quedarse solo, se plantó en jarras delante del diploma y de las fotografías.

—¡Traskalendripeciología, puah! —farfulló despectivamente.

Luego pensó unos instantes en las posibles intenciones de Brapor.

—¿Qué diablos pretenderá hacer? —se preguntó. Resultaba bastante extraño. Él se había inventado una Universidad y una población inexistentes, fantasmagóricas... y ahora resultaba que existían y, por si fuera poco, le había sido conferido el grado de doctor en tan endiablada ciencia. Pero ahí no paraba la cosa, sino que, además, era campeón de ajedrez tridimensional, cuando lo cierto era que no sabía distinguir un alfil de una torre. ¡Ajedrez tridimensional! ¿De dónde había sacado Brapor semejante estupidez?

La campanilla del visófono sonó de pronto, sacándole de su abstracción. Corrió hacia el aparato; ya se había olvidado del mensaje a tío Ben.

Pero no era tío Ben quien le llamaba, sino otra persona muy distinta. Se trataba de una mujer de mediana edad y aspecto agradable.

—¿Señor Serrell? Soy la señorita Brimm, secretaria de la Central de Cronometría. La directora de la Central le ruega se sirva disculparle por su actitud del otro día y espera de su amabilidad tenga la bondad de atender a su mensajero especial, que acudirá a su domicilio en unos minutos. Eso es todo, señor Serrell. Muchas gracias.

Y, antes de que el joven, aturdido, tuviera tiempo de reaccionar, la señorita Brimm cortó la comunicación.

—Si esto sigue así por mucho tiempo —soliloquió Rick—, acabaré por volverme loco. Ya no espero el mensaje de tío Ben; me marcho en cuanto haya preparado lo más preciso.

Se metió en su dormitorio y empezó a meter prendas de ropa en una maleta. No comprendía en absoluto lo que le sucedía; lo único que quería era escapar de allí cuanto antes.

Estaba terminando su equipaje cuando sonó el zumbador de la puerta. Renegando de la interrupción, acudió al vestíbulo.

Abrió la boca estúpidamente al ver a la persona que se hallaba

en el umbral. Era la pelirroja tuerta que figuraba en las dos fotografías.

—¡Madre mía! —exclamó.

La muchacha era agradable de contemplar, incluso con el parche negro sobre el ojo. Sus cabellos rojos flameaban sueltos sobre los hombros y, salvo el defecto físico mencionado, en cuestión de anatomía, no tenía que envidiar a ninguna colega de su sexo. Vestía de un modo un poco detonante: un ajustadísimo traje color verde muy brillante, el cual hacía resaltar pródigamente las abundantes curvas de su cuerpo joven y rotundo. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un abultado bolso del mismo color del traje.

—Hola, Rick —sonrió la pelirroja tuerta, tratándole con suma confianza —. ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos!, ¿eh? —Suspiró profundamente, haciendo crujir con peligrosa tensión la tela del corpiño—. ¡Qué tiempos aquéllos de la Universidad de Majachiflantown! Pero, ¿no me invitas a pasar, Rick?

El joven se pasó una mano por la cara. «¡Estoy cuerdo, estoy cuerdo!», se repitió a sí mismo una y otra vez. Se echó a un lado.

—El diablo me lleve si la conozco a usted, señorita...

—Radov, Virginia Radov, aunque debes recordar que en la Universidad todos me llamabais Ginny. ¿Lo recuerdas, Rick?

Rick cerró la puerta de golpe.

—Siéntese ahí, señorita Radov —dijo con tono seco—. Y ahora, de una vez por todas, explíqueme qué es lo que me está pasando.

Ella le miró con gesto de sorpresa.

—Pero, Rick, ¿por qué dices eso? ¿Es que ya no te acuerdas de los buenos tiempos de la Universidad? Entonces no eras así, tan... tan reticente. Recuerdo que la noche de fin de curso... Claro que estabas un poco «soplado», porque, generalmente, solías ser muy cortés con las chicas... A mí no me habías mirado siquiera, por culpa de mi defecto visual, pero, aquella noche, me arrastraste al bosquecillo que hay detrás de la cátedra de Biotemporalidad y... Muchacho, parecías un volcán en erupción...

Rick se masajeó el rostro con las manos.

—Repito que no la he visto a usted en mi vida, juro que no la llevé a ningún bosquecillo y juro que jamás he puesto los pies en esa maldita Universidad. —De repente se puso pálido—. Oiga, no vendrá a decirme que aquella excursión al bosque tuvo... tuvo

consecuencias…

Ella sonrió encantadoramente.

—Oh, en absoluto. Te dormiste antes de decir dos palabras. El ponche te destrozó.

—¡Qué absurdo! ¡Si esto sigue así —gritó Rick—, creo que voy a volverme loco! Pero, si hace seis años que trabajo para el gobierno ininterrumpidamente. ¿Cómo es posible que hace dos tan sólo me graduase en una ciencia para locos en una Universidad inexistente de una población ficticia?

Ginny movió la cabeza, apesadumbrada.

—Amnesia —sentenció—. Amnesia causada por un exceso de actividad intelectual. Querido Rick, lamento lo que te sucede, pero puedo asegurarte que, cuando vengas con nosotros, te curarás en pocos días y volverás a ser de nuevo el que eras.

—¿Ir con vosotros?

—Sí, claro. A la Central de Cronometría. Oh, la directora siente enormemente el puñetazo que te asestó el otro día, pero es que estaba irritada con los traskalendripeciólogos por… Bueno, ya te enterarás cuando estés allí con nosotros. Ahora lo importante es que dejes todo y me acompañes. Tengo el helidisco en la terraza del rascacielos, ¿sabes?

Rick la miró fijamente durante unos momentos.

—Conque a la Central de Cronometría y en helidisco, ¿eh?

—Así es, Rick. —Ella había cruzado las piernas, a la vez que sonreía dulcemente.

Rick se puso en pie. Movió el dedo índice.

—Acércate, Ginny —dijo.

Ella se puso en pie y onduló hacia él. Entonces, Rick, sin previo aviso, disparó su puño derecho. Ginny puso los ojos en blanco y se desplomó lentamente al suelo.

Acto seguido, Rick se metió de nuevo en su dormitorio, del cual sacó una sábana que empezó a rasgar en tiras. Cuando había terminado de atar a la pelirroja tuerta como una salchicha, sintió que se despertaba.

Ella le miró airadamente con su único ojo sano, que mostraba una gran sorpresa.

—Estás cometiendo un grave error, Rick —dijo severamente.

—Mira, Ginny Radov o como quiera que te llames. No sé qué

diablos sucede aquí, ni tampoco me interesan los roces entre traskalendripeciólogos y cronómetras. Tus conflictos con Brapor me importan un rábano, ¿entiendes? Así que yo me largo de aquí... ¡y allá te las compongas!

—Pero, Rick...

El joven acalló las protestas de la pelirroja por el expeditivo procedimiento de taparle la boca con un trozo de sábana. Luego entró en su habitación y terminó de llenar la maleta.

Salió cinco minutos más tarde, con la maleta en la mano.

—Adiós, Ginny, y recuerdos a la directora de la Central de Cronometría.

Ella emitió unos gruñidos ininteligibles, a la par que agitaba frenéticamente las piernas, con lo que únicamente consiguió que la falda se le remontase hasta bastante más arriba de las rodillas. Rick consideró el interesante espectáculo durante unos momentos y luego asió el tirador de la puerta.

—Ah, y gracias por tu helidisco, Ginny. Así me evitas tener que alquilar uno para mi viaje. Buena suerte, preciosa.

Cerró cuidadosamente y se encaminó en el ascensor hacia la azotea.

CAPÍTULO IV

S

errell volvió del arroyo con media docena de truchas pendientes de su cinturón. Entró en la cabaña, se acercó al fregadero, manejó la palanca de la bomba del agua y llenó el recipiente. Empezó a limpiar las truchas casi en el acto, mientras aspiraba con fruición el sabroso aroma de las judías con jamón que hervían en el fuego a pocos pasos de distancia.

Tío Ben llegó momentos después, con cuatro conejos en el zurrón. Apoyó la escopeta en la pared y suspiró satisfecho.

—¡Rayos! ¡Cómo huelen las judías!

—Hola, tío Ben —dijo el joven, sin volver la cabeza—. ¿Cómo fue la caza?

—Cuatro conejos, chico. ¿Y tu pesca?

—Seis truchas, tío. Ahora mismo las estoy limpiando para comérnoslas enseguida.

Tío Ben soltó una risita.

—¡Je, je! Parece que te gusta esta vida, ¿eh, chico?

—Pues, sí —reconoció el joven—. He de confesar que me estoy divirtiendo como nunca me había divertido hasta ahora. Como lo que quiero, duermo como un tronco, pesco, cazo, paseo al aire libre… y, sobre todo —añadió pensando en lo que le había ocurrido en los últimos tiempos—, carezco en absoluto de preocupaciones.

Tío Ben, un hombre de cerca de setenta años, pero aún fuerte y robusto, empezó a poner la mesa.

—La humanidad de hoy día sufre de una indigestión de vida civilizada —gruñó—. Todo máquinas, todo… y ¿para qué?, pregunto yo. ¿Para descansar más días a la semana? Ésa es la teoría, pero lo cierto es que la gente se muere de aburrimiento en los cuatro días de descanso semanales que tiene… y en los tres de trabajo también, porque no vas a decirme que es trabajar eso de sentarse delante de una máquina cuatro horas al día. ¿Qué se hace en las veinte restantes? Nada, el vago y el gandul y fomentar el ocio y toda clase de vicios.

»¡Máquinas, puah! ¿Que quieres casarte? Muy sencillo, vas a una máquina y le cuentas quién eres y cómo te llamas, el nombre de tus padres y de tus abuelos y bisabuelos, y las enfermedades que tuvieron todos y la forma en que murieron; tus gustos, aficiones y preferencias; tu empleo, ocupación actual, sueldo que ganas, cantidad de glóbulos rojos por milímetro cúbico en tu sangre y de pelos por centímetro cuadrado en tu cabeza… y ¿qué contesta la máquina?

»A usted, caballero —recitó el vejete con tono aflautado—, le conviene una mujer de veintiséis años, viuda una vez, ojos castaños, cabello oscuro, ligeramente coja de la pierna izquierda, pero cuyo defecto le hace más graciosa todavía; con hoyuelos en la mejilla, sonrisa pícara, funcionaría de Sanidad Pública y con departamento propio en la Avenida Atlántica, 788—102/B. Y entonces, tú vas y te casas con esa viuda coja, sólo porque te lo ha dicho una máquina, en vez de buscar por ti mismo a la mujer que te conviene, y que te hará feliz.

»Y así es todo hoy día, Rick. Máquinas, máquinas… Por eso no

pude resistirlo yo y me vine aquí a vivir. Llevo en mi finca veintisiete años, desde que murió tu pobre tía, y no me he arrepentido de mi soledad. Cazo cuando quiero, pesco cuando se me antoja, como y duermo a las horas que son de mi preferencia, que suelen ser las que demanda la naturaleza, cuido mis animales... ¿qué diablos más puedo pedir? ¿Volver a la civilización? Oh, se necesitaría estar loco, pero loco de remate para cometer semejante insensatez. Por eso te digo que no has podido hacer mejor cosa que venirte aquí conmigo una buena temporada. Y si quieres quedarte aquí el resto de tus días, dilo con toda franqueza, Rick; no creas que por ello te voy a echar a la calle.

El anciano meneó la cabeza tristemente y suspiró.

—Ya ves; tú eres el único pariente que tengo en este mundo y, cuando yo muera, la propiedad quedará para ti. ¡Máquinas, puah! No tuvimos hijos en nuestro matrimonio, y las máquinas, que todo lo resuelven, fueron incapaces de resolver el problema de la infecundidad de tu tía. ¡A mí me van a hablar ahora de civilización y de máquinas maravillosas! —Tío Ben llevó a la mesa el puchero con las judías—. Bueno, a comer, muchacho. Ya freiré yo las truchas mientras tanto. Luego pondré los conejos en conserva y...

Rick se sentía sumamente satisfecho de la vida natural y casi primitiva que llevaba en la finca de su tío. En cuatro semanas había aumentado cinco kilos de peso, el tórax se le había ensanchado, la tez había perdido la palidez característica de los habitantes de las grandes urbes y los nervios se le habían aquietado por completo. Incluso había olvidado a Shavi Brapor y a Ginny Radov. Y como en la cabaña no disponían de receptor de radio o de TV, ignoraba por completo lo que estaba sucediendo en el mundo, cosa que, por otra parte, le tenía absolutamente sin cuidado. La Universidad de Majachiflantown, la Traskalendripeciología y la Cronometría eran cosas ya tan remotas en el tiempo para él como las pinturas rupestres de los hombres del Paleolítico.

Un par de semanas más tarde, Rick se encaminó de nuevo al arroyo con ánimo de pescar unas cuantas truchas para la cena. El calor empezaba ya a apretar y, al poco rato de su estancia junto al arroyo, Rick se sintió invadido por una dulce somnolencia. Entonces hizo lo que cientos de miles de pescadores habían hecho antes que él: se echó el sombrero sobre los ojos, reclinó la cabeza en el tronco

de un árbol que tenía a sus espaldas y, unos minutos más tarde, roncaba beatíficamente.

Transcurrió un lapso de tiempo que el joven no supo precisar. De pronto, la caña que tenía entre las manos, sufrió una ligera sacudida.

Rick se quitó el sombrero y miró hacia el arroyo. Había picado una trucha, a juzgar por los saltitos del flotador en el agua. Tiró de la caña, pero el pez se resistió con todas sus fuerzas.

—¡Caramba! —gruñó, mientras se ponía en pie—. ¡Debe de ser muy gorda! —Y volvió a tirar, sin conseguir que el pez saliera fuera del agua.

Apretó los labios. Si el animal era tozudo, él lo era aún más. Ajustó las mandíbulas, inspiró aire con fuerza, tiró ¡y se cayó de espaldas al suelo!

—¡Madre mía! —exclamó, lleno de asombro.

Ginny Radov apareció en la superficie del remanso, sonriendo alegremente, a la vez que agitaba la mano derecha con gesto amistoso.

—¡Hola, Rick!

El joven se sentó en el suelo, sin creer aún en lo que estaban contemplando sus ojos. Ginny braceó cuatro o cinco veces y luego salió a la orilla, ataviada con un sumario traje de baño, cuyas costuras amenazaban con reventar por varios puntos a la vez.

—¿Qué tal, Rick? —le saludó, mientras caminaba hacia él por el césped de la ribera.

Serrell se puso en pie, frunciendo el ceño. Ginny estaba perturbadoramente hermosa, a pesar del parche en su ojo izquierdo, pero la muchacha le recordaba unos incidentes que él tenía sumo interés en olvidar.

—¿Qué diablos quieres de mí? ¿Por qué has venido a buscarme?

—Porque te necesito para mi Departamento de Cronometría, naturalmente.

—¡Cronometría! —repitió él con acento lleno de enojo—. Pero, ¿es que insistes en fomentar la alteración de mis facultades síquicas?

—Lo que insisto es en que me ayudes —respondió la muchacha con expresión de impaciencia—. Pero tú no quieres hacerlo… y me gustaría conocer la causa, palabra.

—No entiendo tu comportamiento.

—¿Es que necesito explicártelo? Nosotros, los cronómetras, somos enemigos declarados de los traskalendripeciólogos...

—¡No sigas! —chilló él, rompiendo la marcha—. No quiero oír más disparates. Soy una persona normal y no siento el menor deseo de acabar mis días entre las cuatro paredes de una celda acolchada. Ignoro por completo la forma que has tenido de llegar hasta aquí, pero sí puedo decirte una cosa: guardo tu helidisco y te lo voy a devolver inmediatamente. Y, en cuanto lo haya hecho, vas a marcharte de aquí en el acto y no vas a volver...

Ginny saltó hacia él, le agarró con fuerza del brazo y le hizo girar en redondo. Su ojo sano emitía vivos fulgores de cólera.

—Escúchame, Rick Serrell —exclamó con tono imperativo—, esto que voy a decirte es absolutamente serio, sin la menor intención de broma o chanza. Estamos en un mundo en donde no caben componendas ni arreglos. O te unes a nosotros, los cronómetras, o te alias con los traskalendripeciólogos... para caminar así derechamente a tu ruina primero y a tu destrucción después.

El joven se quedó con la boca abierta.

—Eso no puede ser verdad —dijo con tono irresoluto.

Ella le contempló fijamente durante unos segundos.

Luego, de repente, dijo:

—Ven conmigo.

Giró sobre sus talones y rompió la marcha en el acto, sin preocuparse de si Rick la seguía o no. Pero Rick, al cabo de unos segundos de reflexión, decidió caminar tras ella, preguntándose si estaba soñando o si Ginny Radov estaba loca de atar y en cualquier momento iban a aparecer por allí los enfermeros de cualquier manicomio para llevársela.

La muchacha atravesó un trozo de bosque y salió a una pequeña explanada, en cuyo centro Rick pudo ver un helidisco idéntico al que le había servido para llegar hasta la hacienda de su tío. El aparato estaba sostenido por tres cortas patas, dotadas de amortiguadores, que lo sostenían a medio metro escaso sobre el suelo. La escotilla lateral estaba abierta y Ginny se metió resueltamente a través de la misma.

—Vamos, sígueme —dijo, sin volver la cabeza atrás ni una sola

vez.

Rick obedeció en el acto. Una vez dentro de la cabina amplia y espaciosa, lo suficiente como para contener a seis personas, Ginny abrió un pequeño armarito y extrajo del mismo un traje de acero plastificado de color azul brillante y de una sola pieza, el cual se puso encima del traje de baño. Sin preocuparse en absoluto por la mojadura de su cabellera, la joven se sentó ante el cuadro de mandos del aparato, en uno de los dos sillones que había frente al mismo. Extendió la mano izquierda.

—Siéntate conmigo, Rick.

El joven obedeció. Ginny oprimió un botón y una pantalla se iluminó en el acto. En ella apareció la imagen de un locutor de noticias.

—Damas y caballeros —decía el locutor en aquellos momentos —, nuevamente se han recibido más informes de la extraña enfermedad que ha aparecido en las últimas semanas sobre nuestro planeta y a la cual los médicos han denominado ultrasenilidad o envejecimiento rápido. En distintas ciudades de nuestro planeta, las muertes han alcanzado un porcentaje ya alarmante, sin que, hasta el momento, los médicos hayan sido capaces de hallar las causas que motivan tan misteriosa enfermedad.

»En realidad —prosiguió el locutor—, no podría llamársele enfermedad, ya que lo cierto es que las personas atacadas por dicha dolencia mueren, por decirlo en lenguaje vulgar y corriente, de puro viejas, pero es que ese envejecimiento se produce en un plazo cortísimo, un plazo que, según los organismos, varía entre dos o tres días y algunas horas. En tan breve lapso de tiempo, el individuo recorre velozmente las etapas de su vida fisiológica y acaba sucumbiendo de senilidad pura y simple.

El locutor se interrumpió. Un auxiliar de los estudios acababa de pasarle un papel con una nueva noticia.

—Recibimos un último informe sobre la extraña enfermedad que se ha abatido sobre nuestro planeta. Esta mañana, a las seis y media, nació en Milán, Italia, un niño, el cual resultó atacado por la misteriosa enfermedad. Murió a las tres de la tarde de hoy con todo el aspecto de un anciano de noventa años. En ocho horas y media, el recién nacido recorrió velozmente todas las etapas de su vida física, la cual se le ha extinguido por puro agotamiento causado por

la senilidad... Presentamos a continuación una serie de fotografías obtenidas por los médicos de la Clínica Maternal donde había tenido lugar el nacimiento del niño...

Morbosamente fascinado, Rick contempló la serie de fotografías que iba apareciendo en la pantalla televisora y de cuya autenticidad no podía dudarse tan siquiera. Al terminar, sintió que necesitaba un par de grageas de «supervit» para reponerse.

—Espera —dijo ella, poniéndose en pie. Caminó hasta un armarito, lo abrió y extrajo del mismo una botella y dos vasos—. Esto es mejor. Coñac auténtico —añadió, mientras servía.

Rick despachó su vaso de un trago. El alcohol le infundió nuevas energías.

—Dios mío —murmuró, cuando hubo encontrado fuerzas suficientes para hablar—. Pero, ¿es cierto eso que he oído y visto?

—Absolutamente —respondió ella con tono enfático—. Positivamente verídico. Estamos corriendo un gravísimo peligro por parte de los traskalendripeciólogos, el peligro de vivir en sólo unas horas la existencia normal de noventa a cien años, que es la media actual; y si no cortamos rápidamente ese peligro, la Tierra se encamina hacia un desastre absoluto.

Rick alargó la mano con la que sujetaba el vaso.

—Ponme otra dosis —murmuró con voz débil—. Y luego cuéntame de una vez lo que sucede. Cuéntame también lo que sepas de mí... porque me parece que sí sabes muchas cosas. —Reflexionó unos instantes—. Brapor dijo que, aparte de mí, sólo había un traskalendripeciólogo en quien confiar.

—Yo —dijo Ginny, vertiendo el coñac en el vaso.

—Sí, tú —dijo Rick—. Pero, entonces, ¿es cierto que he estado en la Universidad de Traskalendripeciología de Majachiflantown?

—Sí. Hicimos la carrera juntos y la terminamos con los máximos honores. Yo obtuve el número uno y tú el número dos.

Rick se pasó la mano por los ojos.

—Pero... ¿cómo es posible que yo...? Ginny, es que, materialmente resulta imposible que yo haya estado en una ciudad que no figura siquiera en los mapas. Tendría que acordarme de ello, ¿no crees?

—Es que verás, Rick —dijo ella lentamente—; en realidad, tu estancia en la universidad duró solamente cinco días de tiempo

normal y efectivo, que, en realidad, equivale a cinco años de tiempo subjetivo.

Rick se quedó con la boca abierta. Ginny continuó:

—En el tiempo subjetivo, un año equivale a un día corriente. Por esa razón tan sencilla no guardas el menor recuerdo de lo que hiciste en la universidad en tu consciente efectivo y actuante, pero sí en tu subconsciente, el cual recuerda todo cuanto hiciste en los cinco años que permaneciste estudiando en la universidad.

—Esto es absurdo —exclamó Rick, cada vez mas confundido—. Cinco años, igual a cinco días. Pero, ¿con qué objeto? ¿Quién me llevó a estudiar a esa universidad de locos?

—¿Te gustaría saberlo?

—Ya no sé qué es lo que me gusta ni lo que no me gusta —se quejó Rick con acento deprimido.

—Invítame a cenar y te lo contaré todo.

—Tío Ben nos pegará un escopetazo cuando oiga nuestra conversación —murmuró Rick.

—¡Pesimista! —le apostrofó ella cariñosamente.

CAPÍTULO V

L

as explicaciones quedaron postergadas hasta después de la cena. Tío Ben se portó con discreta cortesía, sin mostrarse en exceso asombrado por la presencia de una muchacha tan encantadora en su cabaña. «Pero, en fin», se dijo, «Rick es joven y tiene derecho a vivir un poco su vida. Lástima lo del ojo izquierdo de la pelirroja, porque es una tía imponente».

—Sin duda sabrás —empezó Ginny su discurso, ya con el café sobre la mesa— que el problema actual de nuestro planeta son los largos viajes a los sistemas solares más próximos. Se han realizado tales viajes, es cierto, pero en condiciones muy deplorables. No olvides que los astronautas han de permanecer largos años encerrados en las naves y que ello crea en sus mentes unas condiciones psíquicas desfavorables, debidas principalmente a la claustrofobia originada por el largo encierro en el interior del

vehículo.

»Para solventar semejante problema, se recurrió a la hibernación, es decir, dormir a los tripulantes de esas naves en condiciones tales que sus funciones vitales quedaran completamente suspendidas durante los años de viaje a través del espacio interestelar. Al aproximarse al final de su viaje, las máquinas automáticas intervenían: los despertaban y los ponían en condiciones de cubrir por sí mismos las últimas etapas. En algunas ocasiones, la cosa resultó. Pero en dos de las naves los «despertadores» no funcionaron. Una de ellas se estrelló contra un planeta de Sirio y la otra vaga perdida por el espacio, con sus ocupantes dormidos acaso para siempre.

»Naturalmente, esto ha creado un complejo entre los astronautas. Nadie quiere someterse al proceso de hibernación, temiendo dormirse y no despertar ya jamás. Como consecuencia de ello, los viajes a los sistemas estelares se han suspendido. Naturalmente, no se les puede reprochar la negativa; creo que tú y yo haríamos igual en un caso semejante.

—Con lo bien que se está aquí abajo —filosofó tío Ben—. ¿Para qué diablos buscar otros planetas? ¿Tan malo es éste, muchacha?

—Las opiniones discrepan, señor Serrell —sonrió Ginny.

—Déjate de «señor Serrell» —refunfuñó el vejete—. Llámame tío Ben, me gusta mucho más.

—Bueno, como quiera, tío Ben. —Ginny miró a Rick, quien la contemplaba embobado—. Continuemos, pues.

»Era preciso, por tanto, obviar tales inconvenientes si queríamos progresar en los viajes interestelares. Por aquel entonces, un ingeniero descubrió un motor capaz de impulsar una nave a través del espacio a enormes velocidades, infinitamente superiores a las de la luz. Realizó varias pruebas, todas ellas con resultado satisfactorio en cuanto a seguridad de la nave se refería, pero catastrófico para sus tripulantes. Afortunadamente, sólo usó animales.

»Las naves provistas de motores Pragan —así se llamaba el ingeniero— podían alcanzar velocidades mil superiores a la de la luz, lo cual significaba que, para alcanzar Sirio, que está a menos de nueve años luz de distancia, se tardaba mil veces menos; dos mil, en realidad, ya que nunca hasta ahora se había pasado de los ciento cincuenta mil kilómetros por segundo. Pero, si tomamos como base

la velocidad de la luz, resultaba patente que en un viaje para el cual se hubiesen empleado ocho años, ocho meses y quince días, en cifras redondas, podía reducirse, con el uso de los motores Pragan, a la milésima parte de tiempo, es decir, algo más de tres días. Una reducción fabulosa, como puedes comprender.

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Sirio? —gruñó tío Ben.

Ginny sonrió. Rick lanzó un bufido.

—Deja que la chica siga hablando y no seas cascarrabias. Continúa, Ginny.

—Bien —dijo ella. Tomó un sorbo de café—. Pero entonces surgió un terrible problema: el del envejecimiento de los organismos. No se sabe exactamente la causa, pero lo cierto es que el organismo humano, en tales condiciones, envejece del doble al décuplo más deprisa que lo normal, según sea la velocidad de la nave; con lo cual resulta que el viaje es imposible. La proporción es creciente: si la velocidad de la nave es el doble de la de la luz, el viajero vive dos días en uno. Si la velocidad es diez veces más, el envejecimiento es de cinco coma cinco a uno y si de cien veces más, el envejecimiento es de diez a uno. A mil veces la velocidad de la luz, el envejecimiento es de cien a uno, lo cual significa que el viajero vive cien días por cada uno de viaje.

—Bueno —murmuró Rick—, pero en total sólo son tres días de viaje hasta Sirio, lo cual significa que, a la máxima velocidad, en envejecimiento, en la proporción de cien a uno, representaría poco más de trescientos días.

—La cuenta es exacta, salvo en un detalle, Rick —contestó Ginny.

—¿Cuál? —inquirió él.

—Que si bien el viaje dura tres días, a mil veces la velocidad de la luz, en realidad, la astronave, mejor dicho, sus tripulantes, viajan a lo largo de nueve años, que es la distancia que hay de la Tierra a Sirio.

Rick lanzó un tenue silbido.

—Ahora lo comprendo. Así, pues, en un viaje efectuado a doble velocidad que la luz, el tripulante envejecerá lo correspondiente a dieciocho años.

—Y en un viaje en que la velocidad de la luz sea de tres millones de kilómetros al segundo, o sea diez veces mayor que lo ordinario,

el viajero envejecerá el cuádruplo de los nueve años, es decir, treinta y seis.

—De modo que un hombre que tenga treinta años en el momento de partir para Sirio y viaje a tres millones de kilómetros por segundo, al acabar su viaje tendrá sesenta y seis años de edad. Mayores velocidades son imposibles de alcanzar, porque el viajero moriría antes de acabar el viaje.

—Exactamente — concordó Ginny.

—Bien. —Rick sirvió tres copitas de un riquísimo aguardiente de cerezas fabricado por tío Ben—. Y ahora, dime, ¿qué tiene esto que ver con la Universidad de Traskalendripeciología y con la Central de Cronometría? Porque no entiendo en absoluto cuál es la relación.

Ella sonrió dulcemente.

—A eso iba, Rick. En realidad, no existe tal universidad ni mucho menos la población. —Rick suspiró satisfecho; veía que no estaba tan loco como había llegado a pensar—. Lo que sí existe es un Instituto de Estudios Biocronológicos, el cual investiga los fenómenos síquicos y físicos que se producen en el ser humano cuando vive en un tiempo completamente distinto al normal. En ese Instituto es donde tú cursaste los cinco años de estudios y en el cual se te entregó, lo mismo que a mí, al concluir los cursos, el diploma de doctor en Biocronología.

—¡Pero yo no me acuerdo de nada de lo que he estudiado! —exclamó el joven, atónito.

—¿Cómo vas a acordarte, si en cinco días realizaste un plan de estudios de cinco años? La misma rapidez de los estudios te provocó una amnesia que hizo que olvidases, aparentemente tan sólo, todo cuanto habías aprendido, pero ya digo que ese olvido es solamente aparente. La realidad es que toda la Biocronología que aprendiste la guardas en el subconsciente y sólo te falta un estímulo adecuado para que los recuerdos vuelvan a ti tan frescos como el día en que recibiste el diploma.

Rick se sintió momentáneamente mareado. Se pasó la mano por la frente.

—Todo esto es aturdidor para mí. No es posible que yo haya hecho tales cosas… y, sin embargo, tengo la sensación de que no me mientes, Ginny.

—Celebro tu buena opinión hacia mí —sonrió ella.

—¿Y qué relación tiene la Biocronología con los viajes interestelares?

—Sencillamente, acomodar el cuerpo humano a la velocidad del tiempo y del espacio. Que puedas viajar a Sirio en tres días y un sexto, aproximadamente, y que en ese tiempo no vivas más que los tres días, en lugar de morir de viejo a los pocos minutos de haber zarpado del astropuerto —contestó ella con voz firme.

—¿Significa eso que se ha conseguido evitar los desastrosos efectos de una ultrasenilidad?

—Sí.

—¿Quién lo ha conseguido?

—Tú y yo.

—¡Oh, Dios mío, qué absurdo! Ginny, si no eres más explícita...

—Cuando te haya vuelto la memoria, recordarás la fórmula Serrell—Radov, llamada así en honor a nosotros dos, por ser sus descubridores.

—La fórmula Serrell—Radov —repitió él, atónito.

—Exactamente. Es una sustancia que, introducida en el organismo humano, atrasa o adelanta la edad fisio—temporal, según la dosis y según ésta sea positiva o negativa.

—Y yo he descubierto esa fórmula, es decir, contigo.

—Sí, Rick.

—¿Pero por qué has venido a buscarme a mí precisamente? Si ya sabías la fórmula, no tenía objeto alguno llamarme.

—Es que, cuando nos separamos, llegamos a un acuerdo. Cada uno de los dos aprendería únicamente la mitad de la fórmula, de modo que, separados, ninguno podría lanzarse a su fabricación. Ahora es el momento de emplearla, cuando los motores Pragan se cubren de orín en los astropuertos. Cuando hallamos la fórmula, Pragan no había construido aún sus motores; por tanto, nuestra fórmula era un nuevo invento prácticamente nulo, ya que no servía para la hibernación de los tripulantes de astronave. Sólo puede utilizarse en aparatos que viajen a velocidades superiores a las de la luz.

—Entiendo —murmuró él pensativamente. ¿Cuándo demonios habría inventado la dichosa fórmula, él que no entendía absolutamente nada de química?—. ¿Y cuándo la ponemos en funcionamiento?

—Mañana mismo —contestó la muchacha con acento resuelto.

—¿Dónde?

—En mi laboratorio particular. Vendrás conmigo, te devolveré la memoria, y empezaremos a trabajar.

Rick volvió los ojos hacia su tío. El anciano se encogió de hombros.

—Muchacho, cuando una mujer te propone una cosa, sólo te quedan dos caminos: molerle las costillas a garrotazos… o contestar amén.

Rick lanzó un profundo suspiro, mientras contemplaba el sonriente rostro de la muchacha.

—Amén —dijo.

CAPÍTULO VI

A

la mañana siguiente, después del desayuno, sólido y sustancioso, como todos los guisos de tío Ben, los dos jóvenes se dispusieron a emprender la marcha. Ginny se colgó del cuello el bolso que nunca la abandonaba y abrió la puerta. Rick cargó con un maletín en el que transportaba algo de ropa. En el mismo momento, un helidisco cayó del cielo con silenciosa rapidez.

Rick y Ginny se quedaron asombrados al ver descender el aparato de las alturas. Antes de que pudieran reaccionar, se abrieron dos escotillas laterales en sus costados y cuatro hombres, provistos de sendas pistolas, saltaron a tierra, sin dejar de amenazarles con las armas.

—¡Quietos! —ordenó uno de ellos perentoriamente—. No se muevan si no quieren recibir un balazo.

—Cuidado —murmuró Ginny en voz baja—; son hombres de Brapor. Las armas que llevan son pistolas paralizantes.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó el joven, dando un paso hacia adelante.

—Éste no es el momento de andar con explicaciones —contestó el individuo de mal talante—. Lo único que queremos es que levanten las manos y permanezcan inmóviles donde se encuentran.

—¿Tiene esto algo que ver con un tal Shavi Brapor? —insistió Rick.

—He dicho que no hagan preguntas. —El hombre movió la mano izquierda y señaló a dos de sus acólitos—. Vosotros, atadles las manos a la espalda. Pronto.

Los dos esbirros dieron unos pasos hacia adelante. De pronto se oyó una voz:

—¡Amigos!

Los recién llegados volvieron ligeramente el rostro, con gesto unánime. Una escopeta de dos cañones asomaba por una de las ventanas de la cabaña. Detrás del arma se divisaba el rostro socarrón de tío Ben.

—Amigos —continuó el vejete—, esto que estáis viendo es una arcaica pero efectiva escopeta de pólvora y perdigones. Con cada cañón puedo acribillar a dos de vosotros y convertir vuestras pieles en sendos coladores. Así que arrojad las armas ahora mismo, porque si antes de que cuente tres no lo habéis hecho, cumpliré mi promesa. ¡Al suelo las armas! —concluyó tío Ben imperativamente.

Los componentes del cuarteto se miraron unos a otros aprensivamente. Uno de ellos abrió los dedos y dejó caer el arma al suelo. Los demás le imitaron en el acto.

Inmediatamente, Ginny abrió su bolso y extrajo del mismo una minúscula pistolita, cuyo gatillo oprimió cuatro veces consecutivas. El arma funcionó con tenues chasquidos.

Entonces ocurrió algo asombroso. Uno tras otro, los cuatro individuos empezaron a rejuvenecerse con vertiginosa rapidez. Sus rasgos se suavizaron velocísimamente y la expresión de dureza desapareció de sus facciones en contados minutos.

Un cuarto de hora más tarde, los ojos atónitos de Rick contemplaban el increíble espectáculo de cuatro tiernos infantes gateando por el suelo, ansiosos de librarse de unas ropas que casi les ahogaban. Uno o dos se sentaron en el suelo y empezaron a berrear con gran escándalo. Otro descubrió una piedrecilla que brillaba y se puso a jugar alegremente. El cuarto, en fin, se chupaba el dedo pulgar, sentado en el suelo, mientras miraba con ojos atónitos cuanto ocurría a su alrededor.

—¡Madre mía! —exclamó Rick, sintiéndose mareado al presenciar el inenarrable espectáculo—. ¿Qué les has tirado?

—Simplemente, proyectiles biocronológicos reversibles. Si hubiese estado aquí el hombre que yo sé, mis proyectiles habrían sido de muy distinta índole.

—Envejecedores —se estremeció el joven.

—Exactamente. —Ginny se volvió hacia la cabaña—. ¡Tío Ben!

—¿Qué quieres, muchacha?

—Cuide a los críos hasta que le envíe el helidisco del Orfanato.

—¡Ni hablar! —protestó el anciano—. Toda mi vida me la he pasado suspirando por tener hijos pequeños... y ahora que puedo realizar mi capricho, no irás a negármelo. ¡Criaturas! —agregó, contemplando a los niños con cara embobada.

—Está bien —sonrió la joven—. De todas formas, necesitará auxilio. Le enviaré a una mujer que le ayudará a cuidarlos, una tal Georgia Brimm. —Guiñó un ojo picarescamente—. También le gustan mucho los niños, tío Ben.

—Perfectamente, muchacha. —El anciano había aceptado el sorprendente suceso como la cosa más natural del mundo—. ¡Que tengáis mucha suerte!

—Gracias. Adiós, tío Ben. Vamos, tú, no te quedes ahí parado —exclamó Ginny, empujándole con fuerza hacia el helidisco que se había detenido junto a la cabaña.

—¿Y tu aparato? —se extrañó él—. Bueno, son dos: el que te robé yo en la azotea del rascacielos y el que usaste ayer para llegar hasta aquí...

—Déjalos; quizá tengamos necesidad de ellos más adelante. —Ginny trepó a la cabina del helidisco, seguida de Rick, quien no acababa de salir de su aturdimiento—. Sujétate bien —le dijo, apenas se hubieron sentado en los asientos del aparato.

Ginny cerró las escotillas por telecontrol. Agitó la mano izquierda y luego manejó el mando de elevación. La tierra se alejó rápidamente. En pocos momentos, la cabaña se perdió de vista.

—Me tienes estupefacto —comentó Rick, minutos más tarde.

Ella sonrió levemente. Estaba muy ocupada en establecer un plan de rumbo.

—¿De veras? —dijo distraídamente.

—Figúratelo. Las cosas que me has contado... Tu pistola rejuvenecedora... Oye —preguntó de repente—, ¿no hay peligro de que esos chicos, cuando lleguen a mayores, recuerden lo que eran?

—Su mente ha quedado en blanco —respondió ella, atenta a los controles—. Ahora reemprenderán una nueva vida... y con tío Ben y la señorita Brimm como tutores, no hay duda de que se harán hombres de provecho.

—La verdad —murmuró Rick—, le entran ganas a uno de pedir que le asesten un tirito rejuvenecedor. Se empieza la vida de nuevo y, al llegar a los cuarenta años, se vuelve a rejuvenecer... y así, *usque ad infinitum*.

—No te lo recomiendo. Los proyectiles biocronológicos, a veces, juegan malas pasadas, y podrías encontrarte de pronto convertido en un venerable Matusalén. Las posibilidades de error son mínimas, pero existen.

—Sin embargo, tú disparaste contra esos gorilas sin vacilar.

—Se trataba de escapar de las garras de Brapor —respondió Ginny sin dudarlo un solo instante—. Si alguno de los proyectiles hubiese fallado, tanto peor para su destinatario. Primero éramos nosotros, ¿no lo crees así?

Rick se repantigó en el asiento.

—Bueno, si tú lo dices —contestó, diciéndose que, tal como estaban presentándose los acontecimientos, lo mejor era tomárselos con el máximo de filosofía.

Los cálculos de la muchacha terminaron al fin. Entonces introdujo los datos de rumbo en la calculadora y la máquina se encargó de guiar el aparato. Éste se remontó hasta una altura de dieciocho mil metros, donde ya el cielo se veía de color violeta, y luego se lanzó hacia adelante a una velocidad lindante con la barrera térmica. Cinco horas más tarde, avistaban un impresionante conjunto de montañas.

—Si mi olfato no me engaña —dijo el joven—, eso que tenemos ahí es el Himalaya.

—Exactamente.

—¿Y es en esa cordillera donde tienes tu laboratorio misterioso?

—Claro que sí. Para mí, es el lugar más conveniente; un sitio en el que Brapor no podrá hallarme jamás.

Rick se tiró de los labios durante unos segundos.

—Tú supiste dónde encontrarme y Brapor no te fue a la zaga por mucho tiempo. ¿No crees que ahora pueda suceder lo mismo?

Ella sacudió la cabeza.

—En absoluto. Aquí no hay un tío Ben, pariente tuyo, por medio del cual seguirte el rastro. Para encontrar la cabaña donde te habías escondido, hube de investigar a fondo tus antecedentes, incluyendo los de las personas de tu familia. Y, supongo, Shavi Brapor habrá seguido el mismo procedimiento.

—Lo cual quiere decir que tu laboratorio está completamente desierto.

—No exactamente. Tengo allí a una persona de toda mi confianza, una antigua sirviente de mi familia. Pero no es técnico ni experto en otra cosa que no sean los cuidados de un hogar. Se llama Juana; verás qué manera de guisar.

Rick la miró de soslayo.

—Seguro que la hiciste traer para que, de paso, desempeñase también el papel de carabina, ¿no es eso?

Ginny enrojeció bruscamente.

—¿Qué te has creído, estúpido? ¿Piensas que no sé cuidar de mí misma? ¡Vaya con el engreído; cualquiera diría que es Don Juan redivivo!

Rick sonrió complacido ante la inesperada explosión de la muchacha. Pese a todas sus aventuras y desventuras, Ginny empezaba a gustarle. Lástima del parche en el ojo; con una fisonomía normal, su rostro hubiera resultado de una belleza impresionante.

Mientras tanto, Ginny había ido refrenando la marcha del helidisco. De pronto, en el centro de un impresionante amasijo de montañas, entre las cuales destacaba la cima del Krankar, con sus casi seis mil quinientos metros de altura, descubrieron un lago de una belleza impresionante. La superficie del lago Addan alcanzaba casi la cota de los cinco mil metros y rodeado de montañas eternamente nevadas, como estaba, su contemplación resultaba un espectáculo sorprendente y fascinador a la vez.

Ginny hizo que su aparato perdiese altura. Descendieron rápidamente hasta posarse en una profunda grieta de la ladera septentrional del Krankar, al pie de un impresionante farallón rocoso de varios centenares de metros de elevación. Por el centro de la grieta corría veloz un arroyo de blancas y rumorosas espumas, de una frescura inigualable.

Ginny presionó el mando de apertura de la escotilla y un chorro

de aire frío entró al instante en la cabina. Aunque se hallaban ya en las proximidades del verano, las consecuencias de la enorme altura a que se hallaban se hacían notar en el acto. Rick notó igualmente cierta dificultad en la respiración, pero lo achacó justamente a la mayor escasez de oxígeno en aquella región y consideró que no tardaría mucho en acostumbrarse.

—Sígueme —dijo ella.

Ginny caminó hasta situarse al pie de un punto determinado del farallón. Buscó con la vista durante unos instantes y al fin encontró lo que buscaba. Presionó con la mano sobre la roca y, un segundo más tarde, un trozo entero de pared se separaba, girando silenciosamente como una puerta de goznes bien engrasados.

—Entra, Rick —dijo la muchacha.

Rick la siguió, atónito. La entrada era angosta y apenas si permitía el paso de una persona de costado. Caminaron así durante un trecho de quince o veinte metros, hasta llegar de pronto a un enorme ensanchamiento, cuyas dimensiones dejaron atónito al joven.

Durante unos minutos, Rick permaneció en silencio, completamente estupefacto por el espectáculo que presenciaba. La colosal caverna, excavada no sabía si por las fuerzas naturales o por el hombre en el seno de la montaña, tenía unas dimensiones enormes, sobre todo en lo que a la anchura y longitud se refería, ya que su techo, en el punto máximo, no rebasaba los quince o veinte metros de altura. Pero su longitud era tanta que apenas si se divisaba el otro extremo, y en cuanto a la anchura, podía muy bien calcularse en unos setenta u ochenta metros.

El interior de la oquedad se hallaba sembrado de aparatos de todas clases, la inmensa mayoría de los cuales resultaban absolutamente desconocidos para Rick, y estaba subdividida en compartimientos, separados entre sí por muros de cristal completamente transparentes. Al final de la misma se divisaba un muro opaco, con algunas ventanas, como si alguien hubiese construido un edificio para vivienda en el interior de la montaña.

Lo que más le asombró al joven fue la ausencia total de lámparas, no obstante lo cual la iluminación era perfecta y alcanzaba a todos los rincones, con una gran brillantez que no causaba el menor daño a la vista. A su lado, Ginny sonreía

suavemente, muy satisfecha por el asombro que observaba en las facciones de su acompañante.

Al cabo de unos momentos, Rick encontró fuerzas para hablar.

Dijo:

—Y bien, ¿querrás explicarme qué es esto?

—Sencillamente —respondió la joven—, mi laboratorio de Biocronología o, si lo prefieres, la Central de Cronometría, de la cual soy yo la directora.

Al oír aquellas palabras, Rick se quedó estupefacto. Lentamente, empezó a comprender.

—Entonces, tú… tú eres…

Ella movió la cabeza muy despacio.

—Sí, yo soy la muchacha que te golpeó el día que nos vimos por primera vez.

Y con gesto rápido, se quitó el parche que le ocultaba el ojo.

CAPÍTULO VII

Me gustas más con el pelo rubio. ¿Cuál de los dos colores es el natural? —inquirió Rick.

—El rubio. En realidad, ésa es mi apariencia normal, aunque he tenido que disfrazarme a fin de pasar desapercibida a los ojos de Brapor.

—Pero él busca a una pelirroja con un parche negro sobre el ojo izquierdo. ¿No es así?

Ginny sonrió deliciosamente, mientras manipulaba en una serie de aparatos, cuya utilidad resultaba desconocida para el joven.

Rick la observó a hurtadillas. Ya había empezado a interesarse por ella, a pesar de su supuesto defecto físico, pero ahora, al verla sin el parche, le gustaba más a cada segundo que transcurría. Era una mujer muy hermosa, espléndidamente conformada y de un carácter alegre y animado. El hombre que conquistase su amor, se dijo, sería el más feliz de la tierra. Y se hizo el propósito de ser ese hombre, toda vez que, presumía, él no le resultaba indiferente a ella.

—Claro que busca a una pelirroja. Pero la busca como el único de los dos traskalendripeciólogos que sabe pueden resultarle útiles para el logro de sus fines.

—Y tú estabas allí, a su lado —murmuró él, meditabundo—, sin que se diese cuenta. Pero si sabía que los cronómetras eran sus antagonistas, ¿por qué no te combatió?

—Oh, porque estaba esperando a que viniese el sujeto deseado; es decir, tú. Tanto Brapor como yo ignorábamos en qué forma responderías; si acudiendo a pedir trabajo para manejar un traskalendripecio o como cronómetra diplomado. Ganó él, pero perdió luego.

—Y tú me golpeaste, a fin de mostrar tu forma de pensar hacia los traskalendripeciólogos.

—Naturalmente. Tenía que hacerlo, puesto que sabía que había varios objetivos de un circuito de televisión observándonos y, al mismo tiempo, grabando las escenas que se producían, a fin de que Brapor pudiera observar su resultado más tarde, cuando regresara a su oficina.

—A una oficina absolutamente desierta.

—No tanto, querido —contestó ella—. Pero de esto ya hablaremos más adelante.

—Eso es, aún tienes que explicarme muchas cosas...

—Todo llegará, Rick, a su debido tiempo. Ahora, hazme el favor de sentarte. Aunque no lo creas, vas a volver a la Universidad de Traskalendripeciología.

Rick la miró con semblante suspicaz. Ella le tomó por un brazo y le indicó el asiento, un sillón de respaldo inclinado, que parecía construido con bloques de acero de veinticuatro centímetros de espesor. El asiento se hallaba a un palmo del suelo y el respaldo estaba muy inclinado hacia atrás.

—¿Tengo que estar sentado ahí mucho tiempo? —preguntó él con acento receloso.

—Oh, veinticuatro horas, más o menos.

Rick pegó un respingo.

—¡Veinticuatro horas!

—Sí; y siéntate ya de una vez, caramba. ¡Qué sujeto más poco paciente eres! ¿Tanta desconfianza te inspiro?

—Me inspiras un sentimiento muy distinto —dijo él,

maliciosamente.

—Éstas no son horas de galanterías, Rick —contestó Ginny con tono adusto.

—Entonces, ¿querrás avisarme cuando llegue la hora del galanteo?

Una ligera sonrisa dulcificó el lindo semblante de la joven.

—De acuerdo. ¡Pero siéntate de una vez!

Rick obedeció. Se extrañó de la insólita dureza del respaldo y el asiento del sillón. Echó la espalda hacia atrás y observó a la muchacha, que se acercaba a él con un gran casco en las manos. Varios cables flexibles, forrados de sustancia aislante, partían de la cúspide del mismo e iban a perderse en una gran mesa, dotada de un amplio tablero de controles. Ginny le ajustó el casco y realizó varias operaciones con los mandos del mismo hasta lograr que su interior quedase perfectamente amoldado a las menores irregularidades del cráneo de Rick.

A continuación, Ginny volvió a la mesa. Presionó un botón y Rick sintió que el sillón vibraba muy suavemente. Con infinita lentitud, la dureza del mueble fue desapareciendo, a la vez que el respaldo y el asiento se acomodaban exactamente a su configuración anatómica. La vibración era muy agradable e infundía una deliciosa laxitud. Rick se removió un poco en el asiento, buscando una posición aún mas cómoda, y luego entrecerró los ojos beatíficamente, a la vez que cruzaba sus manos sobre el estómago.

De pronto, sintió que un millar de agujas se le clavaban en el cuero cabelludo. La sensación duró poco, apenas una décima de segundo, y, por su misma brevedad, no le causó daño, salvo una ligera sorpresa. Pero como el sueño le invadía por momentos, no se preocupó mucho del incidente. Al cabo de un par de minutos estaba profundamente dormido.

* * *

Despertó veinticuatro horas más tarde.

Lo primero que vio fue a Ginny, la cual sostenía en la mano un vaso de cristal casi lleno de un líquido verde, de absoluta transparencia. Ella le sonrió amistosamente.

—Bebe —dijo con suave acento, acercándole el vaso a los labios.

Rick obedeció. La languidez de que estaba poseído se esfumó a

los pocos momentos. Notó que ya no tenía el casco puesto.

—Puedes levantarte.

Rick obedeció, y notó que se encontraba perfectamente ágil y sin la menor sombra de torpeza en sus músculos. Miró a la muchacha con expresión inquisitiva.

—¿Qué he estado haciendo en estas veinticuatro horas? —preguntó.

—Viviendo el tiempo correspondiente a un año —respondió ella—. Aunque te parezca mentira, volviste a la Universidad de Majachiflantown.

Rick se pasó la mano por la frente.

—Pero, yo no recuerdo nada. Cuando el sillón empezó a vibrar, sentí que me dormía... y me he despertado ahora.

—No te preocupes —sonrió ella—. Estoy tratando, simplemente, de despertar la parte dormida de tu subconsciente, y esto es cosa que no se logra con una sola sesión, de la misma forma que no conseguiste tu diploma de doctor en Biocronología en un curso, ya que necesitaste cinco para ello, es decir, cinco días de tiempo normal, equivalentes a otros tantos años de tiempo subjetivo.

—Lo cual significa —murmuró él—, que me quedan cuatro sesiones más de silloncito y casco de alfileres.

—Exactamente. Y ahora, ¿quieres venir a comer? Esa bebida era cordial, pero ahora necesitas unos buenos filetes con patatas y un trozo de tarta de manzana. Juana nos está esperando ya.

—Eres una fuente continua de sorpresas, querida —sonrió él, en tanto caminaba por el laboratorio hacia la parte que servía de vivienda. Añadió—: Espero que algún día me explicarás muchas cosas que ahora me resultan incomprensibles.

—Por supuesto —contestó Ginny.

* * *

Cinco días más tarde, Rick volvió a despertar, después de la última sesión de sillón vibrador. Después de ingerir el cordial, Rick miró a la muchacha con ojos muy abiertos.

—Ginny —exclamó—, ahora lo recuerdo todo.

Ella le cogió las manos impulsivamente.

—¿De veras? —exclamó con tono ansioso.

—¡Pues claro que sí! —Se mordió los labios—. Lo que no comprendo es cómo llegué a olvidarlo todo. Ginny, ¿qué es lo que

me provocó la amnesia? ¿Acaso la rapidez de los cursos?

Ginny sonrió maliciosamente.

—Supongo que recordarás la noche de la fiesta de fin de curso.

—Sí, claro. ¡Menuda borrachera agarré!

—En cuya fiesta pescaste por tu cuenta a una muchacha no del todo fea y te la llevaste detrás del edificio de Biotemporalidad.

—Sí —sonrió él, desviando la vista—. Pero no fui yo, sino el vino… y, de todas formas, me dormí al instante.

—Momentos antes, habías estado bebiendo una copa con el director de la Universidad de Biocronología. ¿Lo recuerdas?

—Sí, era un sujeto muy simpático. El doctor Trask.

—Él te propinó la droga amnésica. Por eso te dormiste tan pronto. Me supo mal que no llegaras a besarme siquiera —confesó Ginny con desparpajo.

—En tal caso, has de reconocer que la culpa no fue mía del todo. Pero, ¿por qué quiso el doctor Trask hacerme olvidar todo cuanto había aprendido?

—Olvidar no es la palabra exacta —alegó la muchacha—. Lo único que pretendía era que tus conocimientos permaneciesen dormidos hasta el momento oportuno. Ese momento, obvio es decirlo, ha llegado ya.

Rick se pasó la mano por la frente.

—No sé —murmuró, terriblemente desconcertado—. Ha llegado el momento… ¿y por qué no antes?

—Por la sencilla razón de que, para poder aplicar los conocimientos aprendidos en la Universidad de Biocronología, era preciso aguardar a que los motores Pragan estuviesen en condiciones de funcionar satisfactoriamente. Pragan y mi padre eran muy amigos, ¿sabes?

Rick empezó a comprender.

—Así, pues… el doctor Trask era tu padre.

—Sí. El director del Centro de Estudios Biocronológicos y el constructor de este inmenso laboratorio.

—Y ¿dónde está ahora tu padre?

—Muerto—contestó ella con acento dramático—. Brapor lo mató.

CAPÍTULO VIII

S

errel terminó de llenar la probeta con un liquido ambarino, totalmente transparente, después de lo cual cerró el grifo de salida del alambique donde había estado destilando el liquido. Tomó la probeta con dos manos y la examinó al trasluz.

—No me gusta la iluminación corpuscular —se quejó—. Es limpia, cómoda, silenciosa, ahorrativa de energía... pero tiene un inmenso defecto.

—¿Cuál, Rick? —preguntó la muchacha, sin levantar la vista de la pequeña pantalla en la cual se reflejaban las imágenes obtenidas a través de un gigantesco microscopio electrónico.

—Simplemente, que no deja sombras, ya que la luz proviene de todos los corpúsculos de la atmósfera. Lo mismo te alumbra desde el suelo que desde los costados o del techo. Esto suele producir, a veces, errores engañosos de apreciación.

—En eso tienes razón. Bueno, no podrás negar que, en cierto modo, la humanidad tiene sus modas respecto a la iluminación. Primero fue el fuego de una hoguera, después las velas, luego el petróleo, el gas, las lámparas de incandescencia, más tarde las fluorescentes... y ahora la luz corpuscular. En todo caso, cuando hayamos terminado, instalaré otra clase de iluminación en el laboratorio. ¿Cómo va tu experimento?

—Creo que lo tendré listo en un par de días. Ahora te prepararé un par de muestras para que las examines a través del microscopio. Pero primero quiero esterilizar una parte del líquido biocronológico, a fin de que lo examines en las dos formas: esterilizado y en estado normal, tal como sale del destilador.

—Sí, es una buena idea. Ésta será nuestra última comprobación, después de lo cual, sólo nos faltará realizar la prueba definitiva.

Rick se estremeció.

—Sí, el viaje a Sirio en tres días.

—Justamente, cariño.

El joven permaneció unos momentos inmóvil. Luego, sonriendo, dijo:

—Parece mentira que haya podido aprender tanto en sólo cinco días.

—Recuerda que equivalieron a otros tantos años de intensos estudios. En realidad, fueron cinco años de tiempo subjetivo, o de subtiempo, como quieras llamarlo.

—Desde luego, tu padre era un auténtico fenómeno. Sólo él hubiese podido llegar a donde llegó.

—No te dejes atrás a Pragan, el inventor de los motores.

—Bien, pero eso es más bien cuestión de simple mecánica, alta ingeniería si tú quieres, pero, en el fondo, mecánica pura. En cambio, el invento de tu padre, el subtiempo, que permite aprender tanto en tan poco espacio de tiempo real, es algo maravilloso. —Se echó a reír—. Quizá por eso mismo me propinó la droga amnésica en la fiesta de fin de curso.

—Sí, adivinó tus intenciones de hombre de las cavernas —sonrió Ginny—. Bien, ¿me das esas muestras?

—Espera un momento. Voy a…

En aquel instante sonó un prolongado zumbido. Rick giró rápidamente sobre sus talones, al mismo tiempo que Ginny levantaba la vista de la pantalla del microscopio. En el momento de volverse, Rick golpeó con el codo la probeta llena. La vasija cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

El joven soltó una maldición.

—¡Rayos! Ahora tendré que volver a empezar de nuevo —exclamó, sumamente enojado, mientras el zumbido continuaba oyéndose persistentemente.

—Eso es ahora lo de menos —contestó Ginny con acento sombrío. Se puso en pie y caminó hacia una mesa situada a veinte metros de la entrada, encima de la cual, y adosadas a la pared, se divisaban varias pantallas televisoras. Rick la siguió, sin comprender en absoluto los motivos de la pesadumbre de la muchacha.

Ginny se situó junto a la mesa y pulsó varias teclas. Las pantallas oscilaron ligeramente en intensidad luminosa y al fin se iluminaron claramente. En ellas pudieron ver distintos sectores del paisaje circundante.

—¿Qué pasa? ¿Puedes decírmelo? —inquirió Rick, sumamente intrigado. El zumbido continuaba oyéndose, con distintas alternativas de volumen sonoro, unas altas y otras bajas.

—Claro que sí. Alguien se acerca al laboratorio.

—¿Eh? ¿Cómo lo sabes?

La mano de la muchacha señaló la pantalla central, de forma circular y semejante en su funcionamiento a un osciloscopio, en la que se divisaba un punto luminoso que aparecía y reaparecía según los movimientos rotatorios de barrido de la antena de radar externa.

—Míralo —dijo—, ahí tienes la prueba. La distancia, sin embargo, es todavía demasiado grande para divisar el aparato que se aproxima.

—Pero, ¿cómo han podido conocer nuestro paradero? ¿No decías que era imposible?

—Sí, pero me he equivocado. Seguramente investigaron acerca de los movimientos de helidiscos. Es una labor larga y tediosa, pero que, a la larga, acaba por dar buenos resultados, ya que todas las trayectorias, como tú seguramente ya sabes, han de ser grabadas en los centros de control de vuelo. Esto le habrá costado mucho dinero a Brapor; los rumbos grabados no pueden ser investigados si no es por mandato judicial, pero siempre hay sujetos particularmente sensibles al agradable aroma que despide un grueso fajo de billetes.

—¿Y qué es lo que pretenden de nosotros?

—No tardaremos en saberlo. Pronto estaremos en situación de conectar radialmente con ellos.

La sangre fría de la muchacha era realmente pasmosa y Rick la admiró aún más por ello. Ginny se mantenía frente a la mesa de mandos, sin alterarse por el curso de los acontecimientos.

—De modo que llegan aquí por eliminación —dijo él, después de unos momentos de reflexión.

—Seguramente. Declaré mi vuelo como una excursión de alpinismo a las faldas del Krankar, pero esto no es una cosa muy frecuente. Por otra parte, Brapor sabía que mi padre había montado este laboratorio en pleno Himalaya, conque habrá sumado dos y dos…

—… y habrá obtenido un resultado de cuatro, a lo cual es preciso añadir el helidisco que quedó ahí afuera.

Ginny movió la cabeza.

—Ya no está ahí. Lo retiré en una de tus sesiones de subtiempo. Pero, para el caso, es igual; en el exterior hay antenas y ellos habrán detectado sus masas metálicas. Ah, ahí están; míralos.

Un punto brillante acababa de aparecer en la pantalla de la

derecha. El punto se movía con gran rapidez, aumentando de tamaño por segundos. Ginny manejó otro mando y entonces apareció en la pantalla de la izquierda la nítida imagen de un helidisco que se desplazaba por el espacio con enorme velocidad.

Ginny observó todavía el osciloscopio durante unos minutos. Luego, moviendo la cabeza, dijo:

—No hay duda, vienen hacia acá.

—¿Puede saberse su número?

—No. Lo único que veo es que se trata de un aparato de tamaño superior a lo normal y que en su parte inferior lleva unas protuberancias de aspecto muy sospechoso. ¿Los ves tú también?

Rick asintió con la cabeza.

—¿Cañones?

—Muy posiblemente.

—Eso significa que piensan bombardearnos. ¿No hay nadie que se lo impida?

—En absoluto. Estamos en un área completamente desierta y nadie acudirá en nuestro socorro. Tenemos que defendernos solos... caso de ser atacados, Rick.

El joven tragó saliva.

—¿Ya tenemos con qué? —preguntó, hondamente preocupado.

Ella no le contestó. Pulsó una palanca y, al momento, por un altavoz independiente, sonó la voz de la sirvienta.

—¿Señorita Ginny?

—Juana, es muy posible que tengamos que marcharnos pronto de aquí, así es que prepáralo todo para salir apenas te lo diga, ¿comprendes?

—Sí, señorita Ginny —contestó la sirviente, sin dar la menor muestra de temor.

Casi en el mismo momento, una luz roja centelleó en el cuadro de mandos.

—Nos están llamando por radio —murmuró ella. Tocó otra palanquita y luego se inclinó hacia un micrófono—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que pretenden?

—¡Señorita Trask! —dijo una voz hombruna, aplicando a la muchacha su verdadero nombre—. Venimos a buscarla, lo mismo que a su acompañante, el doctor Serrell.

—¡Vaya! —bromeó el joven—. Pues es cierto, soy doctor. Ya no

me acordaba siquiera. ¡Qué tonto soy!

Ginny le hizo un gesto imperioso con la mano. Rick calló.

—¿En nombre de quién vienen ustedes? —inquirió ella.

—¿Es necesario que se lo digamos? Suponemos que ya debe saberlo usted, señorita Trask.

—Sí, claro, pero estoy segura de que ese granuja de Brapor no les acompaña, ¿verdad?

—El profesor Brapor tiene muchas cosas que hacer y no puede perder el tiempo en minucias. Por eso nos envió a nosotros. Ciertamente, nos costó mucho dar con usted, pero al fin lo hemos conseguido, y prueba de ello es que estamos aquí.

—Supongamos que no quiero entregarme. ¿Qué es lo que harán ustedes entonces?

El individuo hizo una pausa.

—Bombardear su Central de Biocronología, señorita Trask.

—Entonces, el laboratorio que Brapor tanto ambicionó quedará completamente destruido y no podrá obtener la fórmula deseada.

—Ése es un riesgo que ha de correr necesariamente. Todo se reduciría, en tal caso, a continuar sus investigaciones acerca de la fórmula estabilizadora del subtiempo. Perdería, quizá, algunas semanas o algunos meses hasta hallarla por sus propios medios, pero es indudable que al fin acabaría por conseguirla.

—Entiendo. Lo que él desea es que no me aproveche yo del beneficio de la fórmula, ¿no es cierto?

—Diciendo las cosas con claridad, así es. Bien sabe usted, no obstante, que Brapor está dispuesto a abonarle una elevadísima cantidad por los derechos de cesión de la fórmula, señorita Trask.

—¿Es que Brapor no sabe que jamás trataré, bajo ningún concepto, por muy grave que sea su amenaza, con el hombre que mató a mi padre?

El individuo calló durante unos momentos.

Después dijo:

—Señorita Trask, quiero que lo sepa de una vez. Yo no entro ni salgo en consideraciones sino que, simplemente, me limito a hacer lo que me ordenan.

—En tiempos —contestó ella suavemente—, a los sujetos como usted y sus acompañantes se les llamaba de muchas maneras, ninguna de ellas honrosa ni agradable. ¿Cuál es la calificación que

se da usted a sí mismo?

—Basta ya —cortó secamente el piloto—. Señorita Trask, voy a concederle la última oportunidad. O me comunica su rendición inmediata y sin condiciones o, sintiéndolo mucho...

Ginny tapó el micrófono con la mano. Volvió la vista hacia el joven.

—Rick, no me juzgues mal por lo que voy a hacer —murmuró con tono de pesadumbre.

—Estás defendiéndote —le animó él—. Por lo tanto, cualquier cosa que hagas estará bien hecha y nadie podrá reprochártela.

Ella suspiró a la vez que sonreía.

—Gracias, Rick; me conforta oírte hablar así.

La voz del sicario sonó de nuevo, áspera, conminatoria, imperativa.

—¡Señorita Trask! Estoy esperando su respuesta.

—Un momento, por favor, concédame tan sólo un minuto para pensármelo.

—Está bien. Sesenta segundos, pero ni uno más. Inicio la cuenta a partir de ahora, ¿entendido?

Ginny no contestó. Sus manos se movían activamente por un sector de la mesa de mandos, cubierta de teclas semejantes a las de una máquina de escribir. Situado verticalmente al teclado, se veía un panel sembrado de lucecitas que se encendían y apagaban alternativamente, con gran rapidez. De pronto, las luces de los costados empezaron a apagarse hasta que, unos segundos más tarde, sólo quedaron encendidas seis lámparas en hilera, en el centro del tablero. El color de las lámparas era rojo.

Acto seguido, Ginny movió dos llaves, una tras otra. Finalmente, dijo:

—Observa las pantallas, Rick. —Y con el dedo índice, empujó un botón rojo que había situado entre las dos llaves.

Algo bramó en las entrañas de la tierra. Morbosamente fascinado, Rick observó el impresionante espectáculo de seis cohetes que ascendían raudos hacia lo alto. Su trayectoria podía seguirse igualmente en la pantalla del radar.

Sonó una voz alarmada.

—¡Eh! ¿Qué diablos es eso? ¡Señorita Trask! ¿Por qué...?

En cuestión de segundos, los seis cohetes convergieron sobre el

helidisco. Las seis explosiones se produjeron con minúsculos intervalos de tiempo, tan pequeños, que parecieron una sola. Seis relámpagos estallaron con una diferencia de fracciones de segundo, brillando con fulgores deslumbradores.

Las explosiones se reflejaron igualmente en la pantalla detectora. El punto luminoso que era el helidisco, se multiplicó infinidad de veces, hasta desaparecer a los pocos segundos. El fragor de los estallidos, producidos a casi veinte mil metros de altura, llegó momentos después, muy atenuado por la distancia y el enorme espesor de roca que tenían sobre sus cabezas.

Durante unos momentos, Ginny permaneció en el mismo sitio, con las manos crispadas sobre el borde de la mesa. Luego, repentinamente, dio media vuelta y se arrojó en brazos del joven, mientras rompía a llorar.

—Vamos, vamos —dijo él suavemente, tratando de calmarla con ligeros golpecitos en la espalda—. Recuerda que, a fin de cuentas, sólo te has defendido. Si ellos no hubieran muerto, los muertos seríamos ahora nosotros. Y ¿quién disfrutaría de los excelentes guisos de Juana, vamos a ver?

Ella se esforzó en sonreír. Se limpió las lágrimas entre hipido e hipido y luego dijo que se había portado como una tonta.

—Me gusta que hayas llorado, porque eso demuestra que tienes buenos sentimientos —manifestó Rick, muy serio—. Para mí hubiera resultado horrible que te hubieses puesto a bailar de alegría al saber la muerte de esos sujetos.

—¿Lo dices de veras, Rick?

—Claro que sí —exclamó él sinceramente.

—Oh, qué estupendo —dijo Ginny con gran alegría. Se puso sobre las puntas de los pies y le besó suavemente en los labios.

Rick quiso atraparla por el talle, pero Ginny se le escabulló hábilmente.

—Vamos —exclamó ella—, hemos de terminar nuestro trabajo en menos de veinticuatro horas. Cuando Brapor advierta la falta de noticias de sus sicarios, empezará a investigar, y entonces las cosas se pondrán muy difíciles para nosotros.

Veinticuatro horas más tarde lo tenían todo dispuesto para la partida. Las ampollas con el suero biocronológico estaban ya convenientemente acomodadas y en lugar seguro. Acompañados por

Juana, se dirigieron hacia una puerta situada en el extremo opuesto a la entrada.

Ginny abrió la puerta y caminó por un angosto túnel brillantemente iluminado. Al cabo de unos cien metros llegaron a una cueva de regulares dimensiones, en uno de cuyos lados se divisaba la cabina de un ascensor.

Subieron al aparato, el cual se puso en funcionamiento en el acto. El ascensor se movía con gran rapidez y su viaje duró cosa de un minuto. Al cabo de ese tiempo, Rick divisó la luz del día.

Salieron del ascensor a una especie de cráter hundido en la montaña. La luz del día no era muy fuerte, sin embargo, ya que estaba tamizada por una cubierta protectora, a fin de impedir la detección del helidisco que se hallaba en el centro de la concavidad. Ginny manejó unos controles y la cubierta se replegó en el acto.

—Subamos —dijo lacónicamente.

Montaron en el helidisco. Juana se situó tras ellos. Ginny puso el aparato en funcionamiento y se elevaron rápidamente. En pocos momentos alcanzaron una altura superior a los quince mil metros. Entonces, la muchacha dijo:

—Mira hacia abajo, Rick.

El joven hizo lo que le decían. Casi al instante, vio brotar dos enormes columnas de fuego del seno de la tierra. Una de ellas ascendió verticalmente a gran altura; la otra salió proyectada horizontalmente, en sentido transversal a la grieta en donde habían aterrizado por primera vez. Rick comprendió que el fuego de la explosión había salido al exterior por las dos aberturas que habían permitido el acceso al laboratorio subterráneo.

—¿Por qué lo has destruido? —preguntó.

Ella movió la cabeza.

—Ya tenemos todo cuanto necesitábamos, Rick. No puedo correr el riesgo de que Brapor venga aquí e investigue. —Suspiró hondamente—. Siento lo que he hecho, porque era la obra personal de mi padre, una de las cosas en que puso más cariño, pero sé que él, desde el otro mundo, aprobará la acción que acabo de realizar.

Rick asintió en silencio. El helidisco volaba ya rápidamente con rumbo oeste.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—A destruir el Laboratorio Biotemporal de Shavi Brapor —

contestó ella resueltamente.

CAPÍTULO IX

D

ebajo del holgado traje que vestía, Rick podía ocultar hábilmente una pistola paralizadora. Ginny iba a su lado, con el eterno bolso colgado de su hombro, cubierta con una vestimenta de moderada confección, pero que no por ello dejaba de realzar sus numerosos encantos. La muchacha se había colocado de nuevo el parche sobre el ojo, a pesar de las objeciones de Rick.

—Me gustas más sin el parche —se había quejado él.

—Gracias por tu buena opinión, pero prefiero seguir con este disfraz.

—¿Para qué? Él sabe que Ginny Radov y Virginia Trask son la misma persona.

—Cierto, pero en cambio ignora que la rubia de la oficina de Cronometría y yo somos una misma persona. Una vez que estemos allí, recobraré el aspecto con que me viste la primera vez.

—¡Hum! —gruñó él, no demasiado convencido por las argumentaciones de la muchacha. «Éstas son las consecuencias, se dijo, de haber tratado de curiosear sobre los traskalendripeciólogos». Pero estaba ya muy enamorado de la chica para no hacer a pies juntillas todo lo que ella le ordenase, aunque calculaba que, una vez concluido aquel colosal embrollo y convertidos en marido y mujer, los términos se invertirían hasta adoptar sus proporciones reales.

Salieron del ascensor y se encaminaron hacia la puerta marcada con la letra «L». En voz baja, Ginny dijo:

—Saca tu pistola y dispara apenas veas que se abre la puerta.

Rick hizo un gesto vago, pero obedeció. Unos segundos más tarde, la puerta giraba a un lado y un hombre de rostro inexpresivo aparecía bajo el umbral.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó.

Rick no le dio tiempo a seguir hablando. Apretó el gatillo de su pistola paralizante y el individuo se derrumbó fulminado.

—Adentro —dijo ella en voz baja.

Pasaron por encima del individuo, cuyo cuerpo echaron a un lado, a fin de poder cerrar la puerta. Rick se asombró enormemente al ver el aspecto tan distinto que había tomado aquel departamento. Ahora sus colores eran mucho más discretos y todo su mobiliario y decoración tenía la apariencia de una oficina comercial corriente.

—Sígueme —cuchicheó ella, en el instante en que se escuchaba una voz en la habitación próxima.

—¿Quién es, Jutt?

Ginny se puso un dedo en los labios. Silenciosamente, se situó en un costado de la puerta, la cual estaba entreabierta. Tocó con los nudillos en el panel y esperó.

Un hombre abrió la puerta e irrumpió en la habitación con gran violencia. Sus ojos captaron la imagen del individuo tendido en el suelo.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —gruñó, añadiendo una sonora interjección de propina. Y, en aquel instante, Ginny puso en funcionamiento su pistola paralizante.

El sujeto cayó sin pronunciar una sola palabra. Acto seguido, la muchacha se coló en la otra estancia, seguida por Rick, que no entendía una sola palabra de lo que sucedía.

Al cruzar el umbral, se encontró en una habitación espaciosa, en cuyo centro había una gran mesa, con tres o cuatro sillas a su alrededor. De la mitad de la mesa al centro, partía una mampara de vidrio negro, en la que se divisaban numerosas rayas blancas que convergían en un punto determinado, situado casi al nivel del tablero de la mesa. La mampara estaba surcada igualmente por otras rayas en sentido transversal a las anteriores, con lo que daba la sensación de ser un mapa, con sus meridianos y paralelos. En la intersección de cada raya se divisaban unas cifras entremezcladas con distintas letras. A ambos lados de la mampara, y en sentido horizontal, se veían algunas pantallas de pequeño tamaño, provistas cada una de su correspondiente cuadro de mandos.

—¡Madre mía! —exclamó el joven—. Y esto, ¿qué es, Ginny?

—Brapor es un eminente cronómetra —respondió la joven—. No me gusta regatear elogios a una persona, cuando se los merece, y lo cierto es que en su profesión hay pocos como él. No obstante, desde que mi padre empezó con sus experimentos de Biocronología,

abandonó, si no del todo, en gran manera, sus actividades de cronometría. Con la Biocronología, este aparato queda ya anticuado, mejor dicho, de uso solamente para experimentos sin importancia.

—Sigo sin entender una sola palabra, querida —alegó él en tono quejoso.

—Pues lo vas a saber ahora mismo. El aparato que tienes delante es un disruptor de campos espaciotemporales. Aplicado a una astronave, una vez perfeccionado, claro está, podría servir para hacer efectivos los viajes a las estrellas, en un mínimo de tiempo. Ahora bien, con la fórmula Serrell—Radov, mejor dicho, Serrell—Trask, el disruptor ya no sirve para nada, excepto como curiosidad de laboratorio. No obstante, Brapor continúa investigando en el disruptor, en previsión de que no pueda conseguir nuestra fórmula.

—Y tú quieres destruírselo.

—Justamente.

Rick meditó durante unos instantes, mientras la muchacha trabajaba activamente en los mandos de la mesa.

—¿Cómo piensas destruirlo? —preguntó de sopetón.

—Activándolo al máximo de energía, con el fin de que la disrupción del campo espaciotemporal alcance su límite. Es como si conectaras el corazón de una persona normal a un hilo eléctrico, para aumentar el número de sus pulsaciones mediante un suplemento de impulso. Entonces, el corazón no puede soportar esa brutal taquicardia y se para definitivamente. La persona muere, claro está.

—Esto no lo he estudiado yo —expresó Rick.

—Como que no te hace falta alguna. Me interesaba que me ayudases a completar la fórmula, eso es todo.

El joven se acercó a Ginny y, tomándola por un brazo, detuvo sus movimientos. Ella le miró extrañada.

—Contéstame, Ginny —dijo con acento incisivo—, ¿era sólo por eso el interés que sentías hacia mí?

—¿Por qué me haces esa pregunta, Rick?

—Por la sencilla razón de que deseo conocer la respuesta.

Ella apretó los labios.

—Por ahora, prefiero mantener silencio sobre el particular.

—Muy bien —dijo él—. Entonces, ¡adiós!

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Ginny se quedó muy sorprendida en el primer momento. Luego, al reaccionar, corrió tras el joven.

—¡Rick —gritó—, espérame! ¡Espera, te digo!

Hubo de agarrarle por el brazo para detener su marcha.

—Rick no te vayas —pidió ella con acento suplicante—. Déjame un poco de tiempo y sabrás todo cuanto ignoras. Pero, por ahora...

Él se volvió para mirarla nuevamente.

—Querida Ginny, quiero que sepas que, más que gustarme, estoy enamorado de ti. Pero el amor no me pone una venda sobre los ojos...

—¿A qué te refieres, Rick?

La mano del joven se tendió hacia la máquina.

—Sencillamente, al disruptor. Paso porque abrigues un resentimiento hacia Brapor, sobre todo si, como dices, es el autor de la muerte de tu padre. Pero lo que no puedo consentir de ninguna manera es que destruyas un aparato tan maravilloso como ése que hay en la habitación contigua. Es cierto, no conozco nada de disruptores; en líneas generales, sé para qué sirven. Me imagino que, la primera vez que entré aquí, el disruptor estaba funcionando, y por ello el departamento parecía completamente desierto y con otros colores en las paredes. Posiblemente, entré en un campo espaciotemporal completamente distinto al normal, lo cual no impidió a Brapor observarme atentamente desde algún punto que ignoro. Imagínate ahora que la fórmula Serrell—Trask no da resultado.

—Lo dará —dijo ella con acento convencido.

—¿Cómo lo sabes? ¿La has experimentado, acaso? Recuerda que me buscaste para ayudarte a completarla. Por lo tanto, aún estamos por ver qué sucederá cuando nos hayamos inyectado una dosis y nos lancemos al espacio a una velocidad mil veces superior a la de la luz.

Ginny se mordió los labios. Las razones del joven eran incontrovertibles.

—El disruptor... —empezó a decir.

—El disruptor funcionará un día u otro. Ahora, sus efectos sólo alcanzan un ámbito limitado, al espacio comprendido dentro de los angostos límites de este apartamento. Pero quizá un día pueda

utilizarse en el espacio, a bordo de una astronave. ¿Por qué destruir, entonces, una máquina tan perfecta? ¿Sólo porque está construida por un enemigo tuyo?

—Si él nos hace prisioneros, nos matará.

—Oh, no lo sabemos todavía —replicó él con acento voluble—. En su lugar, yo no lo haría, te lo apuesto. Procuraría extraer a mis prisioneros toda la información posible acerca de la droga biocronológica. Después, ya vería lo que hacía con ellos, es decir, con nosotros. Pero, por la misma razón que nosotros podemos caer prisioneros de Brapor, también puede darse el caso contrario.

—Que Brapor sea prisionero nuestro.

—Justamente.

—Supongamos que tu hipótesis se realiza. ¿Qué harás entonces con él?

—De momento, inutilizarlo. Después... bien, ya vería. Quizá pudiese probar de una manera concluyente que fue el autor de la muerte de tu padre. Entonces, la justicia se encargaría de él.

—No acabo de entenderte, Rick —murmuró ella, desconcertada—. Creí que me ayudarías incondicionalmente...

—Ése fue tu error: considerarme como un muñeco o como un robot. Soy un ser humano y pienso, no sólo en mí, sino en todos aquellos que pueden beneficiarse de nuestro trabajo, que es tanto como decir la humanidad entera. Viajar a las estrellas con la droga biotemporal o por medio de un disruptor, ¿qué más da? El caso es poder hacerlo, ¿no crees?

Ella hizo una mueca de disgusto.

—Destruir el disruptor es tanto como arrancarle los dientes, Rick.

—No lo creas. Si realmente, como dices, Brapor es un hábil cronómetra, ¿no se te ha ocurrido pensar que puede construir otro?

—Sí, pero, para entonces, nosotros...

—Deja el disruptor en paz. O mejor dicho, ponlo en funcionamiento, de modo que el departamento aparezca desierto. Casi juraría que Brapor está en contacto continuo con sus hombres. Cuando vea que no contestan —eso, suponiendo que no tenga conectado algún detector que le señale la menor variación del disruptor— acudirá a investigar. Y ese momento será el que nosotros aprovecharemos para echarle el guante.

Ginny remoloneó un poco. Él terminó de convencerla.

—No mates nunca por rencor, sino por necesidad absoluta, como ocurrió en el Himalaya. Debes ir pensando en rectificar tu forma de pensar al respecto, Ginny.

La muchacha lanzó un profundo suspiro.

—Tu dialéctica es irresistible, querido. Bien, esperaremos a que aparezca Brapor.

—En el apartamento de al lado, Ginny.

—Claro, pero, ¿cómo sabremos que ha venido?

—Espiando este apartamento, de la misma forma que lo hacías cuando me viste llegar por primera vez.

Ella le miró de lado, a la vez que sonreía maliciosamente.

—Eres irresistible, Rick; no te pierdes una.

Rick guiñó un ojo. Ella volvió a sonreír. Después, manipuló unos momentos en el disruptor.

—¡Fuera, pronto! Se pondrá en funcionamiento dentro de unos momentos y podría causarnos algún daño físico, no grave, aunque sí molesto.

—¿Y los sicarios de Brapor? —inquirió el joven, señalando los dos cuerpos que yacían en el suelo.

—No sentirán nada en tres o cuatro horas. Antes de que se termine ese tiempo, Brapor habrá dado señales de vida. Anda, vamos.

Salieron al corredor y se quedaron parados en la puerta. Unos segundos más tarde, la decoración y los muebles del vestíbulo empezaron a desaparecer lentamente, como si estuviesen pintados sobre una superficie lisa y alguien los borrase con una esponja húmeda, hasta desaparecer por completo. El tono verde claro de las paredes cambió a un naranja rabioso, casi dañino para las pupilas.

—Los dos individuos, los muebles y los demás objetos del departamento, se encuentran ahora en un campo espaciotemporal distinto pero paralelo al nuestro, del que regresarán cuando Brapor haga funcionar el disruptor en sentido contrario —dijo Ginny.

Rick sacudió la cabeza. Todo cuanto le sucedía le parecía demasiado fantástico, pero, tampoco cabía la menor duda, era absolutamente real. En unión de la muchacha, pasó al apartamento contiguo, donde esperaron pacientemente.

Dos horas más tarde, llamaron a la puerta. Ginny separó su vista

de la pantalla por medio de la cual había estado observando el apartamento de Brapor, en el cual no se había producido la menor anomalía en todo aquel tiempo. Se levantó, caminó hacia la puerta y observó por la mirilla de la misma antes de abrir.

Rick la estaba contemplando mientras actuaba. De pronto, vio que Ginny se volvía de repente y apoyaba los hombros en la puerta, con gesto estremecido, a la vez que su rostro adquiría la blancura del yeso.

—¡Es la policía! —exclamó ella, aterrada.

Rick se puso en pie de un salto.

—¿Qué dices? ¿Estás segura?

Ginny no se equivocaba. Cuando abrieron la puerta, vieron bajo el dintel a dos hombres que vestían un uniforme inequívoco.

—Rickover Serrell, Virginia Trask —recitó monótonamente uno de los dos policías—, por orden del Procurador General del IV Distrito, Subsección 3ª, quedan arrestados.

CAPÍTULO X

L

os policías que les conducían en un helidisco de servicio, se mostraron corteses, pero inflexiblemente silenciosos, negándose a contestar a ninguna de las preguntas de ambos jóvenes. Lo único que hizo el jefe de la reducida fuerza policial fue mostrarles un mandato de detención, a fin de que no pudieran alegar nada en contra de la legalidad del arresto. Aquel documento puso fin a las discusiones de Rick y Ginny, discusiones unilaterales por otra parte, ya que los agentes permanecieron obstinadamente mudos durante todo el trayecto, cuyo tiempo de duración fue relativamente breve.

El helidisco se detuvo en la terraza de un edificio situado en el centro de la ciudad. Era uno de los rascacielos más altos, y la distancia hasta el suelo superaba holgadamente los seiscientos metros. Se apearon del vehículo y caminaron hacia la entrada del ascensor, el cual en el acto se lanzó hacia abajo a gran velocidad.

El ascensor frenó su marcha unos minutos después. Un agente abrió la cabina y les invitó a salir. Rick y Ginny obedecieron en

silencio. Flanqueados por los dos policías que les habían detenido y seguidos por el piloto del helidisco, el cual cerraba la marcha, caminaron por un corredor en pendiente descendente, al final del cual se veía una pesada puerta de acero.

Rick frunció el ceño. Subconscientemente, le parecía que habían caído en una trampa, aunque no se atrevió a expresar en voz alta sus aprensiones. Los policías se detuvieron al fin ante la puerta. Uno de ellos pulsó un botón situado a la derecha de la misma. La puerta se deslizó silenciosamente a un lado.

—Pasen adentro.

Rick y Ginny cruzaron el umbral, enormemente admirados por lo que estaban presenciando. De pronto, el joven oyó a sus espaldas un seco golpe y se volvió con rapidez. Una exclamación de ira se escapó al instante de sus labios, al darse cuenta de que sus sospechas se habían confirmado.

—¡No eran policías! —bramó airadamente.

La mano de Ginny se crispó en su brazo.

—Calla —dijo con acento temeroso.

Guardaron silencio por unos momentos. Lógicamente, al cruzar el umbral de la puerta, debían haber pasado a una habitación de mayor o menor tamaño, pero no parecía ninguna habitación.

En primer lugar, no se advertía su fin por ningún lado. Lo único que se veía era la puerta de acero, flotando en el aire, pero sin muros de cemento a los lados. El horizonte se divisaba, circular, a gran distancia, con una tonalidad gris más oscura cuanto mayor era la distancia, que proporcionaba un tono depresivo y abrumador al ambiente.

El suelo era también gris, aunque mucho más claro. Parecía liso y firme, pero daba la sensación de formar parte de una nube sólida, que en cualquier momento podía deshacerse en vapor y lanzarlos a un abismo sin fondo. Por encima de sus cabezas brillaba el amarillento disco de un sol pálido y sin fuerza calórica, de muy escaso poder lumínico.

—¿Dónde estamos, Rick? — preguntó Ginny, amedrentada por primera vez en mucho tiempo.

Entonces se produjo un extraño fenómeno. La pregunta había sido formulada en tono normal, más bien bajo, pero se escuchó con tremendas resonancias, con mil repeticiones debidas a otros tantos

ecos, que tardaron algunos segundos en disiparse lentamente a lo largo y a lo ancho de aquella planicie infinita.

Rick pegó un respingo. Antes de que se hubiesen acallado los ecos de la voz de la muchacha, sonó otra voz.

—Creo que hay alguien por ahí, ¿no es cierto?

Ginny se apretujó contra el joven, amedrentada por lo que les estaba sucediendo. Sonó una risita de tonos sepulcrales.

—Oh, pero si son mis buenos amigos el doctor Rickover y la señorita Trask. Siéntense, siéntense, por favor.

Un par de sillones de cómodo diseño se materializó instantáneamente a pocos pasos de la puerta. Rick comprendió en su fuero interno que Brapor disponía de más de un disruptor y esto le permitía jugar con los campos espaciotemporales como un chiquillo con su pelota. ¿Cuál sería su próximo truco?, se preguntó, mientras conducía a la muchacha hacia los sillones.

Se sentaron. Rick oprimió suavemente la mano de Ginny.

—Ánimo —susurró a su oído—. Por ahora, parece que Brapor no pretende hacernos daño. Tengamos un momento de paciencia; ahora tiene que descubrir él su juego.

—Exactamente, doctor Serrell —contestó la voz, cuyo tono de buen humor era patente—. Sus palabras son certeras. Tengo que descubrir mi juego, aunque en realidad ya está descubierto.

—Sí. Su postura es la fórmula Serrell—Trask. Pero, ¿cuáles son sus cartas?

—¿Quieren ver una de ellas?

—Por supuesto.

—Muy bien. Pongan un poco de atención.

El suelo desapareció de pronto, siendo sustituido por un abismo cuyo fin no podía divisarse. Los sillones quedaron como suspendidos en la atmósfera. Ginny lanzó un grito de susto sin poder evitarlo.

—¡Bah! —exclamó el joven despectivamente—. Otro de los trucos de Brapor.

—¿Truco? —rió el individuo. Su voz llegaba de todas partes a la vez, como si la pareja se encontrase en el interior de un gigantesco altoparlante, de dimensiones prácticamente infinitas—. ¿De veras piensa usted que es un truco, doctor Serrell?

—¡Pues claro que sí! —contestó el joven resueltamente—. Todo

lo que estamos viendo no es más que la consecuencia del funcionamiento de un disruptor de mayor potencia o de características distintas al que ya conocemos. Las imágenes resultan también distorsionadas, eso es todo.

Brapor soltó una risita.

—Bien, si tan convencido está de lo que dice, ¿por qué no hace una prueba?

Rick miró en torno a él. Al fin, decidiéndose sacó de su bolsillo una cajita con pastillas de «supervit». La sostuvo unos instantes en alto y luego abrió los dedos.

La caja cayó velozmente. Fue reduciéndose de tamaño, hasta esfumarse por completo a los ojos de ambos jóvenes. Se hundió en aquel abismo, sin que ninguno de los dos supiera precisar si había tocado fondo o seguiría cayendo eternamente.

Rick tragó saliva muy a su pesar. Ginny crispó las manos sobre los brazos del sillón.

—¿Qué le parece ahora, doctor Serrell? —rió Brapor—. Están en los sillones, pero no pueden salir de ellos, porque si lo hiciesen morirían en el acto. Y, mientras yo lo desee, continuarán en el mismo sitio, hasta...

—... hasta que le entreguemos la fórmula S—T, ¿no es cierto?

—Usted acaba de decirlo, doctor Serrell. Una abreviatura muy acertada.

Rick miró a la muchacha. Ginny estaba terriblemente pálida y parecía haber perdido el dominio de sí misma.

—Lo lamento, señor Brapor —contestó al cabo—. La fórmula no se cede, y menos a usted, por supuesto.

—Sí —dijo Brapor—, ya sé que la señorita Trask me odia a muerte. La verdad, siento haberme visto obligado a matar a su padre, pero es que no me quedó otro remedio. En los últimos tiempos, el profesor Trask se había puesto un poco cargante, ésa es la verdad.

—¡Asesino! —gritó Ginny de pronto. Fue a incorporarse, pero Rick la agarró por los hombros y la obligó a sentarse, antes de que cometiera alguna imprudencia irreparable—. ¡Es usted un canalla, Shavi Brapor, y no pararé hasta hacerle pagar su crimen!

—Las circunstancias varían según el ángulo visual, lo que significa que todo es según el color del cristal con que se mira —

respondió Brapor, fríamente—. Bien, con el fin de que reflexionen un poco, les dejaré en ese mismo sitio durante veinticuatro horas. Mañana a esta misma hora volveré a preguntarles cuál es su decisión sobre el particular.

—Puede ahorrarse la vuelta —contestó Ginny con tono deprecatorio—. Mi respuesta es y será siempre la misma.

Brapor soltó una alegre carcajada.

—Espero que para mañana haya variado de opinión, mi encantadora señorita Trask. Buenas tardes, doctor Serrell.

Los últimos ecos de la voz de Brapor se alejaron lentamente. Después un hondo silencio se extendió por el ambiente.

Al cabo de unos minutos, Rick se puso de rodillas en el sillón, con los codos apoyados en el respaldo. En esta postura, examinó la puerta durante largo rato.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella, adoptando una postura idéntica.

—En la puerta —contestó Rick con tono reflexivo—. Está demasiado lejos para intentar alcanzarla de un salto.

Ginny miró hacia abajo.

—La verdad es que este sujeto es un gran hombre en lo que se refiere a disruptores. Estamos bloqueados aquí y no podemos escapar, ésta es la verdad. ¡No hay salida!

—Por lo menos —dijo Rick, sentándose de nuevo—, los sillones son cómodos. Peor resulta la falta de comida y de agua. ¿Intentará rendirnos por hambre?

—Prefiero perecer de inanición a entregarle la fórmula —exclamó Ginny rabiosamente.

—Pero, no entiendo… —murmuró Rick, notablemente desconcertado—. Aparte de la muerte de tu padre, hecho ya desagradable de por sí, ¿no hubiera valido más un entendimiento entre los dos a efectos de utilización de la fórmula?

—No —contestó ella con ojos brillantes—. No, porque sus intenciones son muy distintas. Si Brapor consigue la fórmula, monopolizará el sistema de viajes interestelares. Ningún viaje a las estrellas podrá emprenderse sin—contar con las oportunas dosis de la fórmula S—T, como tú la has llamado, abreviando muy bien los dos nombres. ¿Te imaginas la fuente de riqueza que supondría para Brapor poder disponer a su antojo de la fórmula? Incluso el

gobierno, que es el propietario de los derechos de los motores Pragan, tendría que claudicar ante él.

—Y al negarle la fórmula, ¿no pretendes tú convertirte también en la rectora de un monopolio análogo?

—En absoluto —replicó Ginny firmemente—. Soy la directora de la Central de Cronometría, que es un establecimiento dependiente del gobierno. Una vez hayamos probado la fórmula en el terreno práctico, pasará a poder del gobierno, aunque, naturalmente, reservándonos un porcentaje de los beneficios.

—En teoría, así debiera ser. Pero tú olvidas que el gobierno no está compuesto por hombres incapaces y que, en el caso de que Brapor consiguiera la fórmula, podrían obligarle a hacerla de dominio público.

—Olvidas la Ley 427—K—5, que permite a todo inventor, cuyo descubrimiento se califique como de interés planetario, disfrutar de los beneficios del mismo en un plazo no inferior a cincuenta y ocho años. El gobierno tendría que respetar esta ley en el caso de Brapor; no podría sentar un funesto precedente, que reprimiría a los científicos, ¿comprendes?

Rick se cubrió los ojos con las manos durante unos momentos.

—Quisiera tratar de comprenderlo —suspiró—. Con lo bien que vivía yo manejando el teclado de mi computadora. ¿Por qué se me ocurriría acudir al anuncio de los traskalendripecios?

—Por la sencilla razón de que obrabas, aun sin saberlo, impulsado por tu subconsciente. Antes que tú fueron muchos; todos cuantos se habían graduado en Biocronología. Brapor te esperaba a ti… y yo también.

Rick se agitó inquieto en el sillón.

—Pero no he acabado de comprender una cosa. ¿Por qué ese nombre tan cabalístico? Realmente, resulta un trabalenguas.

Ginny se echó a reír de pronto.

—Brapor posee un acusado sentido del humor, eso es preciso reconocérselo. Sólo los que se habían diplomado en Biocronología podían relacionar una palabra tan absurda con el apellido de mi padre… y con otras dos palabras más que, en el fondo, indican los efectos que produce la fórmula al alterar el concepto tiempo del organismo humano. Un trastrueque del calendario. Fíjate bien en la primera sílaba de la primera palabra y en las dos primeras de la

segunda. ¿Qué resultado te da?

Rick movió los labios un momento en silencio. Luego preguntó:

—¿Y el resto?

—Bueno, un añadido truculento y cabalístico. Sólo el que supiese algo, directa o indirectamente, acudiría a solicitar un empleo tan bien retribuido. Naturalmente, hubo que rechazar a algunos frescos y desaprensivos, pero la inmensa mayoría pensaba que se trataba de una engañifa y no acudían.

Rick reclinó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Hasta que fui yo —dijo pensativamente.

—Sí —concordó ella, y luego guardaron silencio.

Veinticuatro horas más tarde, cuando Brapor les formuló la misma pregunta, Ginny contestó con una negativa tan rotunda como la del día anterior.

—Muy bien —dijo Brapor fríamente—, entonces, ¡hasta mañana a la misma hora!

CAPÍTULO XI

P

asaron varias horas. Rick y Ginny habían llegado a perder ya la noción del tiempo y no sabían si era de noche o de día, ya que el tono de la iluminación se mantenía constante. El hambre y la sed empezaban a apretarles y el joven se dijo para sus adentros que, al final, su terquedad no iba a servirles para nada. De todas formas, le disgustaba rendirse sin haber agotado las últimas posibilidades.

De pronto se incorporó en el sillón con ojos muy brillantes. Su gesto resultó tan brusco que estuvo a punto de caer fuera del mismo. Lanzó un gruñido involuntario, el cual despertó a Ginny, que se había adormilado en su asiento.

—¿Qué sucede, Rick?

—Se me ha ocurrido una idea... —contestó él muy excitado—. Brapor es un tío muy listo, pero hasta el más astuto comete un error. Anda, pasa a mi sillón con cuidado. Si nos apretamos un poco, hay sitio para los dos.

Ginny miró aprensivamente el abismo que se abría bajo sus pies.

—Tengo miedo, Rick —dijo, poniéndose pálida.

—Muy bien. Entonces lo haré yo. Hazte a un lado, todo lo que puedas.

Ginny se apretujó contra el brazo del lado opuesto y dejó el espacio suficiente para que el joven pudiera poner los pies en el asiento. Una vez hubo pasado al sillón de la muchacha, Rick, agarrado con una mano al respaldo del mismo, asió con la otra mano el respaldo de su sillón y lo levantó en vilo.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Rick? Si el sillón se te cae...

—Hemos de correr ese riesgo, querida —contestó él, girando un cuarto de vuelta a su izquierda, sin soltar el sillón—. Si sale mal... lamento tener que hablar así, pero no te quedará otro remedio que izar bandera blanca.

—Sí, a este paso, estoy viendo que la terquedad no nos servirá para nada. —Ginny giró la cabeza para observar lo que hacía el joven, pero le resultó imposible ver nada.

Mientras tanto, Rick había situado su sillón inmediatamente detrás del de la muchacha. Lentamente, fue bajándolo hasta situarlo al mismo nivel. Entonces, conteniendo el aliento, abrió los dedos.

El sillón se mantuvo inmóvil.

—¡Uf! —exclamó él, jubilosamente—. Creí que iba a hundirse en el abismo. —Pasó una pierna por encima del respaldo y saltó a su propio sillón—. ¿Entiendes ahora mi idea, querida? —dijo al abandonar el sillón de la muchacha.

Los ojos de Ginny resplandecieron.

—Claro que sí —exclamó jubilosamente—. Ahora yo paso a ese sillón y luego tú sitúas el mío inmediatamente detrás. Y así podremos llegar hasta la puerta. ¿No son ésas tus intenciones?

—Celebro infinito tu clarividencia, Ginny —contestó él, alargándole la mano para ayudarla a pasar a su sillón—. Cuando haya terminado esta aventura, podremos escribir una obra titulada: *Viaje en dos sillones a través del subespacio*. ¿Qué te parece?

—Será un éxito de telelibrería —rió ella alegremente; y, unos momentos más tarde, tras sucesivos cambios de sillón, se encontraban al pie de la puerta blindada.

—El problema es ahora atravesar la puerta, Rick.

El joven consideró la situación durante unos momentos. Luego se puso en pie en el sillón, estiró las manos y tocó el borde superior

de la puerta.

—Aquí parece que no hay nada —comentó. De súbito, se izó a pulso y, tras un par de empujones, se sentó a horcajadas sobre la puerta—. ¡Madre mía! —exclamó.

—¿Qué hay al otro lado, Rick? —preguntó ella, ansiosamente.

Rick se inclinó y le alargó las manos para ayudarla a trepar a la puerta. Cuando lo hubo conseguido, Ginny se sorprendió enormemente al verse ante el largo corredor por el que habían sido conducidos casi dos días antes.

—¿Cómo puede ser esto? —preguntó absorta.

—Me parece que el disruptor de nuestro buen amigo Brapor debe de causar distintos efectos, según las circunstancias. Fíjate en que detrás de los sillones había un espacio invisible aunque sólido. ¿Por qué lo dejó?

—Quizá la acción del disruptor comienza desde la misma puerta —sugirió ella.

—Como sea, vamos a largarnos de aquí inmediatamente, querida. En primer lugar, hay que huir de Brapor; y en segundo, hablando con toda franqueza, me estoy muriendo de hambre.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Rick.

El joven saltó al suelo desde lo alto de la puerta. Luego tendió los brazos para que Ginny pudiera hacer lo propio. Al terminar, miró el dintel, y la pareció imposible haber podido pasar a través de un tan espeso muro de cemento.

Ginny tiró de repente de su mano.

—Vamos, Rick; empiezo a tener miedo.

—Espera —dijo él de pronto.

Buscó el botón de la puerta y lo oprimió.

El lienzo de metal se descorrió a un lado. En el mismo instante, se produjo en el otro lado una serie de ondulaciones de la atmósfera, como si, en lugar de ser un medio gaseoso, fuese un líquido transparente agitado por un fuerte oleaje. La agitación duró algunos minutos, al cabo de los cuales desapareció aquella extraña claridad, que fue sustituida por la imagen de una amplia habitación completamente desierta.

La estancia era grande, de unos veinte metros de largo por doce de ancho y cuatro o cinco de altura. Parecía un garaje, pero sin ningún vehículo en su interior. Los únicos objetos que se divisaban

allí eran los dos sillones en los cuales Rick y Ginny habían pasado tantas horas. Frente a ellos se divisaba una puerta de dimensiones ordinarias.

Rick tiró de la mano de su acompañante.

—¿Adónde vas? —preguntó ella aprensivamente.

—A ver lo que hay al otro lado de la puerta.

—Puede estar Brapor —sugirió Ginny.

—En tal caso, lo inutilizaremos para que no pueda molestarnos más.

—¡Vaya! —exclamó Ginny de mal humor—. Al fin adoptas mi punto de vista.

—Tengo razones para ello. ¡Vamos!

Cruzaron el cobertizo o garaje en pocos segundos. Rick abrió la puerta, que era de cerradura corriente, con pomo, y divisó la cabina de un ascensor de reducido tamaño, en el que apenas si cabían los dos. Rick empujó a Ginny, luego cerró la puerta y oprimió el botón de arranque. El ascensor saltó hacia arriba con tal fuerza que Ginny, sin poder impedirlo, cayó en los brazos del joven.

Rick mantuvo el abrazo durante unos momentos.

—Se está muy bien así, ¿no crees?

Ella sonrió suavemente.

—¡Aprovechado! —le apostrofó con voz cariñosa.

Pero no rehuyó los labios cuando Rick se los buscó con los suyos.

La detención del ascensor les hizo volver a la realidad. Ginny se separó del joven, ruborosa y feliz. Rick le quitó el parche de encima del ojo.

—Ya no te hace falta —dijo—. Y, además, me gustas más con el cabello de su color natural.

—Te prometo que no volveré a teñírmelo —concedió la muchacha—. Y ahora, salgamos ya de aquí.

Rick abrió la puerta con no pocas aprensiones, recordando experiencias anteriores. Pero esta vez no les ocurrió nada de particular. La habitación que había al otro lado era corriente, aunque decorada de una forma muy aproximada al lujo.

—Ésta debe ser la vivienda de Brapor —dijo el joven, recorriendo con la vista los menores detalles de la estancia.

Permanecieron unos momentos inmóviles a dos pasos de la

puerta del ascensor; luego, al reaccionar, Rick echó a andar.

—Tengo hambre —dijo.

Previsoramente, sin embargo, recorrió el apartamento, aunque lo encontró vacío. Luego se dirigió a la cocina, en donde había instalada una colosal dispensadora de alimentos. Marcó en los botones un sustancioso menú para dos, que les fue servido cinco minutos después. Media hora más tarde habían calmado el hambre y saciado la sed. Entonces vieron por una ventana que se acercaba un nuevo día.

—Tenemos que irnos de aquí, Rick —dijo Ginny.

—Sí, tienes razón. Salgamos, Ginny.

Dejaron la cocina y se dirigieron hacia la puerta del apartamento. Cuando ya llegaban a ella, oyeron el crujido característico de una llave en la cerradura. Lentamente, la llave fue girando.

Rick se percató inmediatamente del grave riesgo que corrían. Saltó a un lado, arrastrando a Ginny consigo, y ambos se escondieron al otro lado de la puerta, en el momento en que ésta giraba sobre sus goznes.

Dos hombres cruzaron el umbral, charlando despreocupadamente. Actuando con repentina decisión, Rick se arrojó hacia ellos y les propinó un tremendo empujón simultáneo con ambas manos, antes de que pudieran darse cuenta de su presencia en aquel lugar.

Los dos individuos, indudablemente sicarios de Brapor, cayeron al suelo en confuso montón. Rick se aprovechó de las circunstancias.

Uno de ellos intentó levantarse, gruñendo algo entre dientes. Rick levantó su rodilla y le golpeó con fuerza en la mandíbula. Sonó un crujido y el sujeto cayó sin conocimiento.

En el mismo momento, se oyó un fuerte estallido. El segundo individuo emitió un grito y cayó también. Ginny acababa de romperle un jarrón en la cabeza con gran fuerza.

—Bravo, muchacha —sonrió Rick, agarrándola de nuevo por la mano—. Era preciso hacer esto, ya que, de otra forma, nos habrían detenido antes de salir del edificio.

—Te comprendí desde el primer momento —contestó Ginny, mientras él cerraba cuidadosamente la puerta del apartamento.

Luego caminaron hasta el ascensor corriente, el cual les condujo al nivel de la calle, ciento ochenta pisos más abajo, en pocos minutos.

Una vez en el exterior, Rick preguntó con gran afecto:

—Bien, ¿qué planes tienes ahora, querida?

—Hemos de ir a ver al profesor Pragan.

—¿Pragan? ¿Por qué? —se extrañó él.

—No podemos ensayar la fórmula sin antes contar con los motores suyos. Debe cedernos un par de ellos a fin de montarlos en una astronave y realizar entonces el primer viaje experimental.

—Muy bien. ¿Conoces tú su domicilio?

—Sí, claro.

—Pues, entonces, no perdamos un segundo más. ¡En marcha!

CAPÍTULO XII

E

l profesor Pragan era un hombre de avanzada edad y cabellos blancos, de rostro muy arrugado, que contempló a la pareja que tenía ante sí con aire benevolente.

—En efecto, señorita Trask; conocí a su padre y sabía de los experimentos que realizaba en el campo de la Biocronología. Sentí mucho su muerte en aquel lamentable accidente, créame.

—No fue un accidente, profesor —contestó Ginny con voz tensa —. Lo asesinaron.

—Oh —exclamó Pragan, atónito—. Y ¿quién fue?

—¿Qué importa eso ahora, profesor? Lo interesante es su cesión de los derechos sobre dos motores para experimentos en una astronave de mi propiedad. Mi padre la tenía ya dispuesta cuando murió, y yo me creo en la obligación de seguir adelante con sus teorías.

Pragan se reclinó hacia atrás en su asiento, al mismo tiempo que entrecruzaba los dedos de sus manos.

—Bien, señorita Trask; en principio, no tengo ningún inconveniente que oponer a tal cesión, pero...

El anciano se detuvo de repente.

—Pero ¿qué? —inquirió Ginny con tono de impaciencia.

—En primer lugar, ¿sabe si la fórmula dará resultado?

—Por supuesto que sí, profesor.

—Muy firme es su voz, señorita. ¿En qué basa la rotundidad de su afirmación?

—Se hicieron pruebas con animales y todas dieron un resultado satisfactorio.

—Los animales no son personas. Recuerde que son seres humanos los que viajarán por el espacio con la ayuda de su fórmula, señorita.

—El doctor Serrell y yo estamos dispuestos a servir de cobayas humanos en el primer vuelo experimental.

Rick pegó un bote en el asiento. Fue a decir algo, pero se contuvo oportunamente.

—Muy bien —continuó Pragan—. Demos por sentado que la fórmula resulta satisfactoria. ¿Qué porcentaje se me reserva a mí en los beneficios de su utilización?

Ginny abrió la boca, completamente atónita. Parecía no comprender las palabras del profesor.

—¿Porcentajes de beneficios? —repitió.

—Ciertamente, mi encantadora señorita Trask. Un porcentaje no inferior al cincuenta por ciento de los beneficios globales líquidos —contestó Pragan, subrayando las últimas palabras.

Rick se sublevó ante lo que creyó desmesuradas ambiciones del vetusto profesor.

—En tales condiciones, deberíamos pagar nosotros los impuestos.

—Exactamente —contestó Pragan sin inmutarse.

—Lo cual significaría que de un millón de dólares, por ejemplo, quinientos mil serían para usted. Y nosotros deberíamos abonar los impuestos sobre ese millón, vale tanto como decir casi otros quinientos mil. En resumen, por cada millón, sólo obtendríamos unos pocos miles de beneficio.

—Eso no me importa —respondió el profesor.

—Pero la patente de sus motores le dejaría también un tremendo beneficio —arguyó Ginny con acento desesperado.

—Los motores son míos.

—Y la fórmula es nuestra. Del doctor y mía.

Pragan se encogió de hombros.

—Hagan lo que gusten, pero no crean que pienso rectificar mis pretensiones. A menos que…

—¿A menos qué? —repitió Rick con tono casi insultante.

—Su fórmula.

Ginny se puso al borde del ataque de nervios.

—¡Cómo! ¿Pretende que le cedamos la fórmula?

—Oh, no, no, mi querida señorita Trask. Solamente pretendo saber cuál es la composición de la droga biocronológica. Ustedes levantan una fábrica y yo construyo otra. De este modo, no habrá problemas, excepto en el de abonar un canon del treinta por ciento de sus beneficios por la utilización de mis motores.

El joven se puso en pie de repente.

—Vámonos, Ginny —dijo con voz dura.

—Pero… —intentó protestar ella.

—He dicho que nos vamos —repitió Rick con tono incisivo. Miró al profesor ofensivamente—. Guárdese sus motores, profesor; ya nos arreglaremos construyendo otros por nuestra cuenta.

—Les advierto que tengo adquiridas todas las patentes para motores con velocidades superiores a la del doble de la luz. Por cualquier motor que construyan deberán abonarme un canon de patente; de lo contrario, les perseguiré judicialmente —exclamó el profesor.

Rick y Ginny se quedaron aturdidos al escuchar la última revelación. Pero la indecisión del joven no duró mucho. Arrastró a la muchacha hacia la salida, a pesar de sus protestas, ya que ella quería continuar discutiendo con Pragan.

—¿Por qué no me has dejado…? —exclamó Ginny furiosamente, apenas se había cerrado la puerta tras ellos.

Rick manoteó con fuerza.

—¡Calla! —siseó—. ¡Que no te oiga!

—¿Qué sucede, Rick? —inquirió ella, muy extrañada.

—Sencillamente una cosa que explica todas las dificultades que nos ha opuesto el profesor Pragan para concedernos la utilización de nuestros motores.

—No te entiendo Rick. Nunca creí que Pragan fuese tan avaro pero a pesar de todo…

—Querida, el sujeto que está ahí adentro no es Pragan. Vámonos, te lo explicaré por el camino; no quiero que Brapor se dé

cuenta de que le hemos descubierto.

—¡Dios mío! Pero ese hombre no se detiene ante nada…

—¿Ahora lo descubres? —inquirió él sarcásticamente, mientras descendían hacia la calle—. Afortunadamente, nos dimos cuenta a tiempo.

—Fuiste tú el que notó la trampa. Pero yo no advertí el menor detalle… y eso que conozco bien a Pragan. ¿Cuál fue el detalle acusador?

—Uno muy sencillo: sus manos. La piel del dorso de sus manos no corresponde en modo alguno a la de su rostro. Éste tiene una cantidad tremenda de arrugas, como corresponde a un hombre de su edad, lo cual prueba la calidad de su inteligencia y astucia, pero las manos son lisas, normales en un hombre de cuarenta o cuarenta y cinco años.

Llegaron al vestíbulo inferior y salieron a la calle.

—Me gustaría saber con qué objeto hace Brapor todas estas cosas; me refiero a la personificación del profesor Pragan.

—Vamos a discutirlo en el café de enfrente —dijo Rick, llevándola del brazo—. Desde allí podremos espiar la salida del edificio.

—Suponiendo que no utilice un helidisco.

—Tendremos que correr ese riesgo. No podemos hacerlo de otra manera.

Atravesaron la calle, pero por un punto situado a setecientos metros de la puerta del edificio donde vivía Pragan; luego retrocedieron y, finalmente, se sentaron ante una mesa situada junto a una vidriera, desde la cual podían realizar su vigilancia cómodamente. Pidieron un extracto de café y aguardaron. Cuando el encargo fue servido a través de las ranuras de las máquinas automáticas y transportado hasta su mesa por una cinta deslizante, reanudaron la conversación.

—No hay duda de que Brapor está resuelto a apoderarse de la fórmula por todos los medios —dijo él, después de los primeros sorbos.

—Sí, pero ¿por qué formuló unas pretensiones tan exorbitantes? ¿No hubiera resultado menos sospechoso y más conveniente para él darnos toda clase de facilidades?

—Es posible que sí —contestó el joven—, aunque quizá lo hizo

así esperando que nosotros rechazáramos todo trato con él.

—¿Por qué? Ésa es una forma de obrar totalmente contrapuesta a sus intenciones, Rick —arguyó Ginny.

—Desde luego. Pero también significa que está preparando algo y que no le hemos dado tiempo para terminar sus preparativos.

—Y ¿qué es lo que puede estar preparando, Rick?

—Una nave interestelar propulsada por motores Pragan.

—Entiendo —murmuró ella—. Y en cuanto posea la fórmula, zarpará en su primer viaje experimental.

—Exactamente, querida.

Ginny se quedó pensativa todavía durante unos momentos. De pronto, dijo:

—Rick, desde que nos escapamos de la habitación del subtiempo hasta que llegamos al domicilio del profesor, apenas transcurrieron tres horas, e incluyo en este lapso el tiempo empleado en comer. ¿Cómo es posible que, en tan corto intervalo, Brapor haya podido construirse una máscara que es una perfecta imitación del rostro de Pragan, y esperarnos luego en casa de este último?

—Por una sencilla razón. Brapor ha estado desempeñando el papel de Pragan durante mucho tiempo.

—Eso significaría que Pragan está muerto, Rick —exclamó vivamente la muchacha.

—No, puede estar secuestrado en alguna parte, terminando de poner a punto sus motores para provecho y utilidad de Brapor.

—Tienes razón, Rick —dijo Ginny excitadamente—. Pero ¿dónde lo esconde?

—Tendré que pensar algún sitio lógico. Quizás en su mismo apartamento… Espera un momento.

Cada mesa estaba provista de un visófono y de una pantalla listín. Rick depositó una moneda en la ranura correspondiente y la pantalla de la guía visofónica se iluminó al instante. Manejó los controles correspondientes hasta llegar a la letra P, subdivisión PR. Entonces siguió haciendo girar el mando apropiado, hasta ver en la pantalla el nombre de Pragan, a la derecha del cual se leía el número de su visoplaca.

Rick marcó el número correspondiente en el visófono que tenía al lado. La pantalla permaneció apagada y el altavoz mudo.

—No está en casa, Rick —exclamó Ginny.

El joven dejó un par de monedas sobre la mesa y se puso en pie.

—Ésta es la nuestra. Vamos a ver si encontramos a Pragan en su casa.

Pero no lo encontraron. El apartamento estaba completamente vacío.

CAPÍTULO XIII

M

ientras paseaban por la calle, con aire meditabundo, el joven dijo:

—Ginny, ¿te has fijado en que ya no se habla en absoluto de la epidemia de ultrasenilidad? ¿Qué ha pasado? ¿Han logrado los médicos dar con sus causas?

Ella movió lentamente la cabeza

—No, querido; lo que pasa es que ya no hay motivos para que la epidemia siga existiendo.

—¡Eh! No te entiendo, Ginny.

—En realidad, no hubo nunca tal epidemia de ultrasenilidad. Simplemente, fue una grabación que yo había realizado con el fin de impresionarte y hacer que me ayudases. Pensé que cargando las tintas dramáticas sobre un posible exterminio de la humanidad, te resolvería a venir conmigo sin oponer más dificultades. De haber empezado a pedírtelo de otra manera, quizá te hubieras negado, ¿comprendes?

—¡Vaya! —se amoscó Rick—. Pues no deja de ser una broma pesada.

Ella le tomó del brazo con gesto afectuoso.

—Por favor, no te lo tomes a mal. Al menos, en lo tocante a aventuras, no podrás quejarte.

—Desde luego, pero son demasiadas aventuras. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Volvamos a mi apartamento —sugirió la muchacha—. Quizá desde allí podamos saber algo respecto a Brapor y a sus intenciones sobre el profesor Pragan.

—No es mala idea. Mira, ahí veo una estación del subterráneo.

Una hora más tarde emergían a la superficie, y minutos después se hallaban ante la puerta del apartamento de Ginny. Ésta sacó la llave de su inseparable bolso, la insertó en la cerradura y abrió la puerta. Entonces lanzó un grito de espanto.

—¡Cuidado! —exclamó Rick, asiéndola por un brazo y echándola hacia atrás.

El apartamento no existía. En su lugar, sólo se veía un paisaje idéntico al que habían estado contemplando durante más de veinticuatro horas en los sótanos del edificio donde residía Brapor.

Rick se asomó con las debidas precauciones. Sabía que debajo de ellos había otra planta del rascacielos, pero sólo en la parte correspondiente al pasillo, al menos en un campo espaciotemporal de dimensiones normales. Sin embargo, al otro lado de la puerta se divisaba un abismo de insondable profundidad. Realmente, había otro apartamento debajo pero, debido a la distorsión del espacio, el suelo del apartamento de Ginny había desaparecido por completo. El domicilio de la muchacha se hallaba ahora en otro lugar del espacio, completamente inalcanzable para ellos.

Rick cerró la puerta. Ginny le miró con expresión lastimera.

—¿Qué haremos ahora, Rick? Éste era mi domicilio; ahora no podemos ir a ninguna parte.

—Si mal no recuerdo, todavía queda mi apartamento. Allí podemos refugiarnos hasta que hayamos podido descubrir el paradero de Pragan.

—No lo conseguiremos jamás —dijo ella, completamente desalentada—. Brapor es infernalmente astuto y debe tenerlo en algún lugar de otro espacio, donde le obliga a construir los motores.

El joven meditó durante unos instantes.

—Me parece que estamos un poco fatigados. ¿Por qué no vamos a mi apartamento y descansamos un poco? Quizá la mente se nos aclare y encontremos nuevas ideas, ¿no te parece?

—Sí —suspiró ella—, creo que es lo mejor que podemos hacer.

* * *

Rick vertió el agua caliente en las tazas y luego echó una pastilla de café soluble en cada una de ellas. Después, las puso en una bandeja, salió de la cocina y se encaminó al cuarto de estar, en donde Ginny se hallaba sentada en un diván, con la mirada ausente y la expresión abstraída.

—Vamos, toma un poco de café, y deja de pensar —trató de animarla—. Si sigues así, acabarás loca… y yo no quiero una esposa con la mente enferma.

Ella le miró apagadamente.

—¿Y no crees que todo lo que me sucede es para volverme loca, Rick? —murmuró mientras tomaba su taza.

—¿Lo crees así? Debieras mirarte en mi espejo. Se me ocurrió contestar a aquel maldito anuncio… y ya ves lo que me sucedió. Las más absurdas aventuras que nadie hubiera sido capaz de imaginar. Dime ahora si no es también para volverse loco.

—A mí lo que me desespera es que no sepamos ahora, no ya donde está Pragan, sino tan siquiera Brapor. Los dos han desaparecido como si jamás hubieran existido.

Rick asintió con aire meditabundo. Llevaban ya tres días de pesquisas e investigaciones incesantes, que hasta aquel momento no habían dado el menor resultado práctico. Por tres veces consecutivas habían acudido al apartamento de Ginny, y siempre lo encontraron en iguales condiciones: proyectado hacia otro campo espaciotemporal. El apartamento contiguo se hallaba en análogas condiciones y, en cuanto al domicilio de Pragan, estaba completamente desierto.

Ginny lanzó un suspiro.

—Rick, creo que tendremos que abandonar la partida.

—¡Cómo! ¿Ahora que prácticamente puede decirse que hemos conseguido el triunfo?

Ella exhaló una risita nerviosa.

—¿Triunfar? ¿Para qué queremos la fórmula S—T si no disponemos de los motores correspondientes? Brapor es mucho más afortunado que nosotros; un día u otro conseguirá perfeccionar su invento para distorsionar el campo espaciotemporal y logrará volar a donde se le antoje. En cambio, nosotros…

Rick se golpeó la mano con el puño.

—Eso es cierto —gruñó—. Y lo malo es que yo, que era indiferente a todo esto, estoy ahora tan interesado como tú en seguir adelante. —Miró a la muchacha con ternura y sonrió—: Claro es que tengo una razón muy poderosa para hacerlo.

—Gracias, querido. —Ginny le devolvió la sonrisa—. Me agrada saber que todavía no has perdido la fe en mí.

El joven se inclinó hacia ella, la tomó por los hombros y la hizo ponerse en pie.

—Ginny, ¿por qué no hacemos una cosa?

—¿Cuál, querido?

—Casémonos. Casémonos y vayamos a la cabaña de tío Ben a pasar nuestra luna de miel. Allí olvidaremos todo eso durante unas cuantas semanas. Viviremos una existencia completamente natural, sin artificios, sin estas extrañas aventuras.

Ella movió la cabeza.

—Tu plan es adorable, magnífico, querido mío; y te prometo ponerlo en práctica un día: cuando hayamos derrotado a Brapor.

Rick se sintió desalentado. Las manos cayeron a lo largo de sus costados.

—Hubiera sido tan maravilloso... —murmuró.

Ginny se le abrazó y ocultó la cabeza en su pecho.

—Será maravilloso, Rick —murmuró—. ¿Sabes? Cuando estábamos allí, en el sótano del rascacielos, sentados en los sillones, me parecía que, teniéndote a mi lado...

Rick le tapó la boca con la mano.

—¡Calla, Ginny! Calla un momento y déjame pensar.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—Creo que ya tenemos la solución, lo cual significa tanto como saber el escondite del profesor Pragan.

—¿Lo dices en serio, Rick? —exclamó ella ansiosamente.

—Claro que sí. Recuerda el ascensor que nos llevó al apartamento de Brapor. Si te fijaste en él, recordarás que era un extraño aparato, con cabida para dos personas y aun así con dificultades... Pulsé el botón de arranque y el ascensor nos condujo directamente al apartamento de ese granuja.

—Es cierto —dijo Ginny con tono excitado—. El ascensor sólo disponía del botón de arranque, pero no tenía indicador de pisos, lo cual quiere decir que sólo funcionaba entre aquel sótano y el apartamento de Brapor.

—Te equivocas ligeramente, porque también tenía otro mando: el de descenso. Estaba claramente indicado en el panel, lo que sucede es que no se nos ocurrió utilizar el aparato en sentido descendente. Actuamos con la lógica propia en toda persona que quiere salir de un sótano, esto es, en sentido ascendente. Pero, ¿qué

hay debajo del sótano?

Los ojos de Ginny relucieron durante unos momentos. Luego, agarró con fuerza la mano del joven y echó a correr hacia la puerta.

—¡Eso es lo que vamos a averiguar ahora mismo, Rick!

Una hora más tarde se hallaban en la puerta del rascacielos donde habían sido conducidos por los falsos policías. El conserje del edificio se rindió en el acto, cuando Rick le enseñó unos cuantos billetes de banco, e incluso les acompañó hasta la entrada del corredor que conducía al sótano.

—Éste es un sótano privado —dijo el conserje, sintiéndose locuaz—. Pertenece a un tal profesor Smith y debe de ser un inventor o cosa por el estilo. Casi de continuo entran y salen camiones cargados con algo que no se puede ver, porque siempre está cuidadosamente embalado. Pero el movimiento es casi incesante y...

—Gracias, amigo —exclamó Rick, cortando la verborrea del individuo. En unión de la muchacha rompió a caminar por el corredor, hasta llegar a la puerta blindada, ante la cual se detuvieron durante unos momentos.

Ginny le miró. De pronto, actuando con gesto resuelto, oprimió el botón de apertura. La puerta blindada se deslizó silenciosamente a un lado.

—Bueno —exclamó Rick—, al menos, este sector se encuentra en un espacio completamente normal, sin distorsiones.

Aprensivamente, casi a la carrera, atravesaron el sótano. Llegaron al ascensor y se metieron en su interior. Rick oprimió el mando de bajada. Sintió que la mano de Ginny se crispaba nerviosamente sobre una de las suyas.

El ascensor funcionó durante un minuto y luego se detuvo en seco. Rick abrió la puerta y vio ante él una estancia de enormes proporciones, en donde se veía una serie de aparatos e instrumentos de extraña factura y de gran tamaño algunos de ellos.

Un hombre apareció de repente, surgiendo de detrás de un extraño artefacto de complicada apariencia. Tenía los cabellos blancos completamente revueltos y en sus ojos brillaba una mirada de cólera; parecía ir a estallar de un momento a otro.

—¡Esto ya está terminado! —aulló, con tono irritadísimo—. ¿Hasta cuándo voy a...?

El hombre se interrumpió de repente. Su mirada de cólera se trocó en otra de asombro.

—¡Cielos! Pero, ¡si es Ginny Trask, la hija de mi buen amigo, el profesor Trask!

—¡La misma, profesor Pragan! —contestó la muchacha, avanzando al encuentro del anciano.

Pragan relató a los dos jóvenes lo que le había sucedido desde que, con engaños, fue obligado a ir al sótano, donde había estado trabajando activamente en la construcción de dos motores, los cuales ya estaban concluidos.

—Lo que no acabo de entender es por qué Brapor quiso que le construyera esos dos motores, teniendo varios en el Astropuerto Nacional a su disposición. Incluso creo que hay ya dos conectados a una nave, ¿no es cierto? —preguntó Rick.

—Sí, pero él me hizo construir estos dos para una nave capaz de transportar doscientos pasajeros. Aquéllos que usted cita, doctor Serrell, sólo pueden mover una nave con espacio para cuatro personas como máximo.

Ginny miró al joven. Rick callaba, mientras trataba de pensar.

—¿Qué opinas? —le preguntó al cabo de unos minutos.

—Sencillamente, que Brapor es infernalmente astuto.

—Ésa no es una novedad —dijo ella, indignada.

—Lo siento. Es lo único que puedo decir por ahora.

Salieron del segundo sótano al primero y de allí a la calle, todo ello sin la menor dificultad. No fue sino hasta hallarse en lugar seguro que Rick rompió su mutismo.

—No quise hablar antes, temiendo que Brapor estuviese al acecho. Ahora que ya no puede escucharnos, puedo decir lo que antes callé.

—¿Y que es…?

—Sencillamente, Brapor nos ha dejado llegar hasta el profesor Pragan y liberarle con el fin de tendernos una trampa. La definitiva… pero lo que él no sabe es que va a ser la definitiva para todos.

—Explícate, Rick, te lo ruego.

—Profesor —el joven se dirigió a Pragan—, su nave está en el astropuerto, ¿verdad? Me refiero a la de cuatro plazas, naturalmente.

—En efecto.

—Muy bien. Ustedes dos, váyanse al astropuerto y espérenme en la nave. Yo iré más tarde.

Ella le cogió ansiosamente por un brazo.

—¡Rick! ¿Qué es lo que piensas hacer? —inquirió, muy excitada.

—Dar comienzo al acto final de la comedia —contestó él resueltamente. Y, antes de que Ginny pudiera detenerle, dio media vuelta y echó a correr.

* * *

Rick tardó casi doce horas en acudir al astropuerto y llegó cuando los nervios de Ginny estaban ya a punto de estallar.

—¿Dónde has estado? —le preguntó, al borde de un ataque de histerismo.

—Preparando la trampa final —contestó, sonriendo tranquilamente.

—¿Crees que dará resultado?

—Eso espero. Brapor ha estado siguiéndome constantemente.

—¿Qué dices, Rick?

—Lo que oyes, pero ahora no tengo tiempo de explicaciones. —Rick traía en la mano una maleta, que dejó sobre una de las literas antichoque de la astronave. Levantó la tapa y extrajo de ella unos objetos que entregó a Pragan, dándole determinadas instrucciones al mismo tiempo.

—Y procure darse prisa, profesor, porque, o mucho me engaño, o Brapor estará muy pronto aquí. Oye, Ginny —agregó volublemente—, ¿no habrá en este cacharro algún dispensador de comida? Estoy medio muerto de hambre, ¿sabes?

—La nave está lista para emprender el viaje en cualquier momento —dijo Pragan por encima del hombro, entregado ya de lleno al trabajo que le había encomendado el joven.

Mientras comía, Rick explicó a la muchacha sus intenciones. Ginny le escuchó en silencio aunque, al final, expresó sus dudas claramente.

—Debería reprocharte tu poca fe —dijo él—, pero prefiero esperar los resultados. Bueno, vamos a ponernos las inyecciones de la droga biocronológica. En el maletín he traído todo lo preciso; ¿quieres ir preparándolo?

Ginny dispuso lo necesario para colocarse las inyecciones con la

fórmula S—T. Al terminar, preparó la aguja.

—Yo la primera —dijo, alargando el brazo.

Rick le puso la inyección. Luego repitió la operación con Pragan y, a continuación, alargó el brazo para que la propia Ginny le administrara a él la dosis correspondiente.

Cuando la muchacha se disponía a retirar la aguja de la vena del joven, entró Brapor.

—Bien —dijo el individuo, sumamente satisfecho—. Ya tengo todo lo que quería: una nave dotada de motores Pragan y la fórmula S—T. Me ha costado, pero al fin lo he conseguido.

—¿Lo cree usted así? —preguntó el joven, tranquilamente, mientras se bajaba la manga del traje.

—Por supuesto. —Una pistola apareció de repente en la mano derecha de Brapor—. Ésta no es paralizadora, sino desintegrante —advirtió con tono duro e imperioso.

—Lo cual significa que piensa matarnos a los tres.

—Justamente.

—Lo mismo que hizo con el padre de Ginny.

—Bien, una vez con la fórmula en mi poder, ¿de qué me sirven ustedes?

—Sí, claro —admitió Rick—. Mirado desde su punto de vista, su forma de actuar es completamente lógica. Lo malo es que no podrá aprovecharse de sus esfuerzos.

—¿Por qué? —Brapor arqueó las cejas. Rick movió la cabeza hacia Pragan.

—Quizá el profesor Pragan se lo explique.

—¿Profesor? —dijo Brapor inquisitivamente.

Pragan estaba muy ocupado, inclinado sobre su tablero de mandos. De pronto se volvió, sin levantarse del sillón en que estaba sentado.

—Mi querido Brapor —dijo, sonriendo maliciosamente—, quizá no lo sepa usted, pero, en estos momentos, mis motores están funcionando ya.

—¿Eh? ¿Que es lo que quiere decir usted? —se sobresaltó el asesino.

—Lo que acaba de oír. —Pragan volvió la cabeza hacia el tablero de mandos—. En este momento, la velocidad de nuestra nave es doble de la de la luz. Sin que nadie lo advirtiera, hemos

zarpado del astropuerto en dirección a Sirio.

Brapor se puso pálido.

—Pero ¡eso no puede ser! —chifló—. ¡No hemos notado el menor movimiento!

—Ésa es una de las virtudes de mis motores —sonrió Pragan—. Hacen arrancar a la nave instantáneamente, suprimiendo el campo gravitatorio, con lo cual desaparecen los efectos de la aceleración. —Volvió a consultar el indicador—. Ahora volamos ya a novecientos mil kilómetros por segundo. Vea, vea usted, Brapor.

El profesor pulsó un botón, y una pantalla se iluminó al instante. El fondo era negro, pero se veía surcado por continuos trazos alargados de distintos colores, que aparecían y desaparecían con gran rapidez.

—Fíjese qué manera de correr, Brapor. Dejamos atrás las estrellas y... ¿Eh, qué le sucede?

Brapor alargó la mano hacia el maletín.

—Me... me siento mal —jadeó—. La droga... Denme una dosis de esa maldita droga... No quiero... envejecer en unos minutos... Pónganme una inyección... ¡Pronto, pronto!

—Lo siento —replicó Rick fríamente—, pero ya es tarde. La inyección debe colocarse antes de la partida de la nave, como hicimos nosotros. Sus efectos resultan completamente nulos cuando la astronave se encuentra en movimiento.

Los ojos de Brapor voltearon agónicamente en sus órbitas. De pronto, emitió un agudo quejido y se desplomó al suelo.

Rick se inclinó hacia él y le tomó el pulso. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Está muerto.

Se incorporó, y miró a Ginny y al profesor.

—Ha muerto de miedo... de miedo a envejecer súbitamente.

—Una especulación muy arriesgada, joven —murmuró el profesor Pragan. Apagó la pantalla y, por mediación de otro control, abrió una escotilla por la que penetró a raudales la luz del nuevo día—. De todas formas, hay que reconocer que su idea de la proyección cinematográfica de unas supuestas estrellas dejadas atrás por la nave en movimiento, resultó excelente.

Rick contempló pensativamente el cuerpo yaciente en el suelo.

—Debió haber pensado que lo que veía era imposible. Viajando

a velocidad superior a la de la luz, no es posible ver nada, porque nuestro movimiento es más veloz que el de los rayos luminosos. Lo mismo sucede cuando se viaja a una velocidad superior a la del sonido; no se oye nada de lo que sucede fuera de la cabina del aparato.

Pragan asintió silenciosamente. Ginny se acercó al joven y le tomó por una mano.

—Rick —dijo.

—¿Sí, querida?

—Ahora que ya nos hemos inyectado la droga... ¿por qué no realizamos un viaje auténtico?

—Cariño, el único viaje que vas a realizar en algunas semanas va a ser el de ida a la cabaña de tío Ben. Quizá el profesor Pragan desee experimentar sus motores y los efectos de la fórmula S—T, con lo que, de paso, podrá deshacerse del cuerpo de Brapor cuando se encuentre en el espacio. Yo quiero experimentar otra cosa mientras tanto.

—¿Cuál, Rick?

El joven se llevó a Ginny hacia la escotilla de salida.

—La vida matrimonial. Quiero saber si me gusta o, por el contrario, me arrepiento al poco tiempo de haberme casado.

Ella le sonrió cariñosamente.

—Creo que no te arrepentirás nunca, Rick —dijo.

F I N